COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.067-1.068

LOPE DE VEGA

Peribañez y el comendador de Ocaña

TRAGICOMEDIA



ESPASA-CALPE, S. A.

COLECCION UNIVERSAL

Lope de Vega

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

MCMXXVIII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

LOPE DE VEGA

Peribáñez y el Comendador de Ocaña

TRAGICOMEDIA



1928

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

PERSONAS

EL REY DON ENRIQUE III DE CASTILLA.
LA REINA.
PERIBÁÑEZ, *labrador.*
CASILDA, *mujer de Peribáñez.*
EL COMENDADOR DE OCAÑA.
EL CONDESTABLE.
GÓMEZ MANRIQUE.
INÉS.
COSTANZA.
LUJÁN, *lacayo.*
UN CURA.
LEONARDO, *criado.*
MARÍN, *lacayo.*

BARTOLO . .	*labradores.*
BELARDO . .	
ANTÓN. . . .	
BLAS.	
GIL.	
BENITO. . . .	
LLORENTE .	
MENDO. . . .	
CHAPARRO .	
HELIPE. . . .	

UN PINTOR.

UN SECRETARIO.

DOS REGIDORES.

LABRADORES Y LABRADORAS.

MÚSICOS.

PAJES.

HIDALGOS. — ACOMPAÑAMIENTO.

GUARDAS.

GENTE.

La acción pasa en Ocaña, en Toledo y en el campo.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Peribáñez, en Ocaña

ESCENA PRIMERA

PERIBÁÑEZ y CASILDA, *de novios;* INÉS, *de madrina;* el CURA, COSTANZA, MÚSICOS, LABRADORES y LABRADORAS.

INÉS

Largos años os gocéis.

COSTANZA

Si son como yo deseo,
casi inmortales seréis.

CASILDA

Por el de serviros, creo
que merezco que me honréis.

CURA

Aunque no parecen mal,
son excusadas razones
para cumplimiento igual,
ni puede haber bendiciones
que igualen con el misal.
Hartas os dije: no queda
cosa que deciros pueda
el más deudo, el más amigo.

INÉS

Señor doctor, yo no digo
más de que bien les suceda.

CURA

Espérolo en Dios, que ayuda
a la gente virtüosa.
Mi sobrina es muy sesuda.

PERIBÁÑEZ

Sólo con no ser celosa
saca este pleito de duda.

CASILDA

No me deis vos ocasión;
que en mi vida tendré celos.

PERIBÁÑEZ

Por mí no sabréis qué son.

INÉS

Dicen que al amor los cielos
le dieron esta pensión.

CURA

Sentaos, y alegrad el día
en que sois uno los dos.

PERIBÁÑEZ

Yo tengo harta alegría
en ver que me ha dado Dios
tan hermosa compañía.

CURA

Bien es que a Dios se atribuya;
que en el reino de Toledo
no hay cara como la suya.

CASILDA

Si con amor pagar puedo,
esposo, la afición tuya,
de lo que debiendo quedas
me estás en obligación.

Casilda, mientras no puedas
excederme en afición,
no con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
entrando en el mar de España.
El olivar más cargado
de aceitunas me parece
menos hermoso, y el prado
que por el mayo florece,
sólo del alba pisado.
No hay camuesa que se afeite
que no te rinda ventaja,
ni rubio dorado aceite
conservado en la tinaja,
que me cause más deleite.
Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años tan fino
como tu boca olorosa;
que como al señor la rosa,
le huele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco
y en otubre dulce mosto,
ni mayo de lluvias franco,
ni por los fines de agosto
la parva de trigo blanco,
igualan a ver presente

en mi casa un bien, que ha sido
prevención más excelente
para el invierno aterido
y para el verano ardiente.
Contigo, Casilda, tengo
cuanto puedo desear,
y sólo el pecho prevengo;
en él te he dado lugar,
ya que a merecerte vengo.
Vive en él; que si un villano
por la paz del alma es rey,
que tú eres reina está llano,
ya porque es divina ley,
y ya por derecho humano.
Reina, pues que tan dichosa
te hará el cielo, dulce esposa,
que te diga quien te vea:
La ventura de la fea
pasóse a Casilda hermosa.

CASILDA

Pues yo ¿cómo te diré
lo menos que miro en ti,
que lo más del alma fué?
Jamás en el baile oí
son que me bullese el pie,
que tal placer me causase
cuando el tamboril sonase,
por más que el tamborilero
chillase con el guarguero

y con el palo tocase.
En mañana de San Juan
nunca más placer me hicieron
la verbena y arrayán,
ni los relinchos me dieron
el que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado,
cuál salterio te ha igualado?
¿Cuál pendón de procesión,
con sus borlas y cordón,
a tu sombrero chapado?
No hay pies con zapatos nuevos
como agradan tus amores;
eres entre mil mancebos
hornazo en pascua de Flores
con sus picos y sus huevos.
Pareces en verde prado
toro bravo y rojo echado;
pareces camisa nueva,
que entre jazmines se lleva
en azafate dorado.
Pareces cirio pascual
y mazapán de bautismo,
con capillo de cendal,
y paréceste a ti mismo,
porque no tienes igual.

CURA

Ea, bastan los amores;
que quieren estos mancebos
bailar y ofrecer.

PERIBÁÑEZ

Señores,
pues no sois en amor nuevos,
perdón.

UN LABRADOR

Ama hasta que adores.

(Cantan los músicos y bailan los labradores y labradoras)

MÚSICOS

Dente parabienes
el mayo garrido,
los alegres campos,
las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas
los verdes alisos,
y con frutos nuevos
almendros floridos.
Echen las mañanas,
después del rocío,
en espadas verdes
guarnición de lirios.
Suban los ganados
por el monte mismo
que cubrió la nieve,
a pacer tomillos.

(Folía.)

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados,
pues hoy para en uno son.

(Vuelven a danzar.)

Montañas heladas
y soberbios riscos,
antiguas encinas
y robustos pinos,
dad paso a las aguas
en arroyos limpios,
que a los valles bajan
de los hielos fríos.

Canten ruiseñores,
y con dulces silbos
sus amores cuenten
a estos verdes mirtos.
Fabriquen las aves
con nuevo artificio
para sus hijuelos
amorosos nidos.

(Folía.)

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados,
pues hoy para en uno son.

(Suena dentro gran ruido.)

ESCENA II

BARTOLO. — DICHOS

CURA

¿Qué es aquello?

BARTOLO

¿No lo veis
en la grita y el rüido?

CURA

Mas ¿que el novillo han traído?

BARTOLO

¿Cómo un novillo? Y aun tres.
Pero el tiznado que agora
traen del campo, ¡voto al sol,
que tiene brío español!

No se ha encintado en un hora.
Dos vueltas ha dado a Bras,
que ningún italïano
se ha vido andar tan liviano
por la maroma jamás.
A la yegua de Antón Gil,
del verde recién sacada,
por la panza desgarrada
se le mira el perejil.
No es de burlas; que a Tomás,
quitándole los calzones,
no ha quedado en opiniones,
aunque no barbe jamás.
El nueso Comendador,
señor de Ocaña, y su tierra,
bizarro a picarle cierra,
más gallardo que un azor.
¡Juro a mí, si no tuviera
cintero el novillo!...

CURA

Aquí
¿no podrá entrar?

BARTOLO

Antes sí.

CURA

Pues, Pedro, de esa manera,
allá me subo al terrado.

COSTANZA

Dígale alguna oración;
que ya ve que no es razón
irse, señor Licenciado.

CURA

Pues oración ¿a qué fin?

COSTANZA

¿A qué fin? De resistillo.

CURA

Engáñaste; que hay novillo
que no entiende bien latín. *(Vase.)*

COSTANZA

Al terrado va sin duda.
(Voces dentro.)
La grita creciendo va.

INÉS

Todas iremos allá;
que atado, al fin no se muda.

BARTOLO

Es verdad; que no es posible
que más que la soga alcance. *(Vase.)*

ESCENA III

PERIBÁÑEZ, CASILDA, INÉS, COSTANZA, LABRADORES, LABRADORAS, MÚSICOS

PERIBÁÑEZ

¿Tú quieres que intente un lance?

CASILDA

¡Ay no, mi bien, que es terrible!

PERIBÁÑEZ

Aunque más terrible sea,
de los cuernos le asiré,
y en tierra con él daré,
porque mi valor se vea.

CASILDA

No conviene a tu decoro
el día que te has casado,
ni que un recién desposado
se ponga en cuernos de un toro.

PERIBÁÑEZ

Si refranes considero,
dos me dan gran pesadumbre:
que a la cárcel, ni aun por lumbre,
y de cuernos, ni aun tintero.
Quiero obedecer.

(Ruido y voces dentro.)

CASILDA

¡Ay Dios!
¿Qué es esto?

ESCENA IV

GENTE *dentro; después,* BARTOLO.— DICHOS

GENTE *(Dentro.)*

¡Qué gran desdicha!

CASILDA

Algún mal hizo por dicha.

PERIBÁÑEZ

¿Cómo, estando aquí los dos?
(Sale Bartolo.)

BARTOLO

¡Oh, que nunca le trujeran,
pluguiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben
de aquesta fiesta los mozos.
¡Oh mal hayas, el novillo!
Nunca en el abril lluvioso
halles hierba en verde prado,
mas que si fuera en agosto.

Siempre te venza el contrario
cuando estuvieres celoso,
y por los bosques bramando,
halles secos los arroyos.
Mueras en manos del vulgo,
a pura garrocha, en coso;
no te mate caballero
con lanza o cuchillo de oro;
mas lacayo por detrás,
con el acero mohoso,
te haga sentar por fuerza,
y manchar en sangre el polvo.

PERIBÁÑEZ

Repórtate ya, si quieres,
y dinos lo que es, Bartolo;
que no maldijera más
Zamora a Bellido Dolfos.

BARTOLO

El Comendador de Ocaña,
mueso señor generoso,
en un bayo que cubrían
moscas negras pecho y lomo,
mostrando por un bozal
de plata el rostro fogoso,
y lavando en blanca espuma
un tafetán verde y rojo,
pasaba la calle acaso;
y viendo correr el toro,

caló la gorra y sacó
de la capa el brazo airoso,
vibró la vara, y las piernas
puso al bayo, que era un corzo;
y al batir los acicates,
revolviendo el vulgo loco,
trabó la soga al caballo,
y cayó en medio de todos.
Tan grande fué la caída,
que es el peligro forzoso.
Pero ¿qué os cuento, si aquí
le trae la gente en hombros?

ESCENA V

EL COMENDADOR, *a quien traen sin sentido unos* LABRADORES; MARÍN, LUJÁN. — DICHOS

MARÍN

Aquí estaba el Licenciado,
y lo podrán absolver.

INÉS

Pienso que se fué a esconder.

PERIBÁÑEZ

Sube, Bartolo, al terrado.

BARTOLO

Voy a buscarle.

PERIBÁÑEZ

Camina.

(Vase Bartolo. Ponen en una silla al Comendador.)

LUJÁN

Por silla vamos los dos
en que llevarle, si Dios
llevársele determina.

MARÍN

Vamos, Luján; que sospecho
que es muerto el Comendador.

LUJÁN

El corazón de temor
me va saltando en el pecho.

(Vanse Luján y Marín.)

CASILDA

Id vos, porque me parece,
Pedro, que algo vuelve en sí,
y traed agua.

Si aquí
el Comendador muriese,
no vivo más en Ocaña.
¡Maldita la fiesta sea!

(Dejan al Comendador en la silla y se retiran todos, menos Casilda.)

ESCENA VI

EL COMENDADOR, *sin sentido;* CASILDA

CASILDA

¡Oh qué mal el mal se emplea
en quien es la flor de España!
¡Ah gallardo caballero!
¡Ah valiente lidiador!
¿Sois vos quien daba temor
con ese desnudo acero
a los moros de Granada?
¿Sois vos quien tantos mató?
Una soga ¡derribó
a quien no pudo su espada!
Con soga os hiere la muerte;
mas será por ser ladrón
de la gloria y opinión
de tanto capitán fuerte.
¡Ah, señor Comendador!

COMENDADOR

¿Quién llama? ¿Quién está aquí?

CASILDA

¡Albricias, que habló!

COMENDADOR

¡Ay de mí!

¿Quién eres?

CASILDA

Yo soy, señor.
No os aflijáis; que no estáis
donde no os desean más bien
que vos mismo, aunque también
quejas, mi señor, tengáis
de haber corrido aquel toro.
Haced cuenta que esta casa
es vuestra.

COMENDADOR

Hoy a ella pasa
todo el humano tesoro.
Estuve muerto en el suelo,
y como ya lo creí,
cuando los ojos abrí,
pensé que estaba en el cielo.

Desengañadme, por Dios;
que es justo pensar que sea
cielo donde un hombre vea
que hay ángeles como vos.

CASILDA

Antes por vuestras razones
podría yo presumir
que estáis cerca de morir.

COMENDADOR

¿Cómo?

CASILDA

Porque veis visiones.
Y advierta vueseñoría
que si es agradecimiento
de hallarse en el aposento
desta humilde casa mía,
de hoy solamente lo es.

COMENDADOR

¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA

No por ventura, si dura
y crece este mal después,
venido por mi ocasión.

COMENDADOR

¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA

Casada y bien empleada.

COMENDADOR

Pocas hermosas lo son.

CASILDA

Pues por eso he yo tenido
la ventura de la fea.

COMENDADOR

(*Aparte.* ¡Que un tosco villano sea
desta hermosura marido!)
¿Vuestro nombre?

CASILDA

Con perdón,
Casilda, señor, me nombro.

COMENDADOR

(*Aparte.* De ver su traje me asombro
y su rara perfección.)
Diamante en plomo engastado,
¡dichoso el hombre mil veces
a quien tu hermosura ofreces!

CASILDA

No es él el bien empleado;
yo lo soy, Comendador:
créalo su señoría.

COMENDADOR

Aun para ser mujer mía
tenéis, Casilda, valor.
Dame licencia que pueda
regalarte.

ESCENA VII

PERIBÁÑEZ. — DICHOS

PERIBÁÑEZ

No parece
el Licenciado: si crece
el accidente...

CASILDA

Ahí te queda,
porque ya tiene salud
don Fadrique, mi señor.

PERIBÁÑEZ

Albricias te da mi amor.

COMENDADOR

Tal ha sido la virtud
desta piedra celestial.

ESCENA VIII

MARÍN, LUJÁN. — DICHOS

MARÍN

Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJÁN

Señor, la silla está aquí.

COMENDADOR

Pues no pase del portal;
que no he menester ponerme
en ella.

LUJÁN

¡Gracias a Dios!

COMENDADOR

Esto que os debo a los dos,
si con salud vengo a verme,
satisfaré de manera
que conozcáis lo que siento
vuestro buen acogimiento.

PERIBÁÑEZ

Si a vuestra salud pudiera,
señor, ofrecer la mía,
no lo dudéis.

COMENDADOR

Yo lo creo.

LUJÁN

¿Qué sientes?

COMENDADOR

Un gran deseo,
que cuando entré no tenía.

LUJÁN

No lo entiendo.

COMENDADOR

Importa poco

LUJÁN

Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR

En peligro está mi vida
por un pensamiento loco.

(Vanse el Comendador, Luján y Marín.)

ESCENA IX

PERIBÁÑEZ, CASILDA

PERIBÁÑEZ

Parece que va mejor.

CASILDA

Lástima, Pedro, me ha dado.

PERIBÁÑEZ

Por mal agüero he tomado
que caiga el Comendador.
¡Mal haya la fiesta, amén,
el novillo y quien le ató!

CASILDA

No es nada, luego me habló.
Antes lo tengo por bien,
porque nos haga favor,
si ocasión se nos ofrece.

PERIBÁÑEZ

Casilda, mi amor merece
satisfacción de mi amor.
Ya estamos en nuestra casa,
su dueño y mío has de ser:

ya sabes que la mujer
para obedecer se casa;
que así se lo dijo Dios
en el principio del mundo;
que en eso estriban, me fundo,
la paz y el bien de los dos.
Espero, amores, de ti
que has de hacer gloria mi pena.

CASILDA

¿Qué ha de tener para buena
una mujer?

PERIBÁÑEZ

Oye.

CASILDA

Di.

PERIBÁÑEZ

Amar y honrar su marido
es letra de este abecé,
siendo buena por la B,
que es todo el bien que te pido.
Haráte cuerda la C,
la D dulce y entendida
la E, y la F en la vida
firme, fuerte y de gran fe.
La G grave, y para honrada
la H, que con la I
te hará ilustre, si de ti
queda mi casa ilustrada.
Limpia serás por la L,

y por la M maestra
de tus hijos, cual lo demuestra
quien de sus vicios se duele.
La N te enseña un no
a solicitudes locas;
que este no, que aprenden pocas,
está en la N y la O.
La P te hará pensativa,
la Q bien quista, la R
con tal razón que destierre
toda locura excesiva.
Solícita te ha de hacer
de mi regalo la S,
la T tal que no pudiese
hallarse mejor mujer.
La V te hará verdadera,
la X buena cristiana,
letra que en la vida humana
has de aprender la primera.
Por la Z has de guardarte
de ser zelosa; que es cosa
que nuestra paz amorosa
puede, Casilda, quitarte.
Aprende este canto llano;
que con aquesta cartilla
tú serás flor de la villa,
y yo el más noble villano.

CASILDA

Estudiaré, por servirte,
las letras de ese abecé;

pero dime si podré
otro, mi Pedro, decirte,
si no es acaso licencia.

PERIBÁÑEZ

Antes yo me huelgo. Di;
que quiero aprender de ti.

CASILDA

Pues escucha, y ten paciencia.
La primera letra es A,
que altanero no has de ser;
por la B no me has de hacer
burla para siempre ya.
La C te hará compañero
en mis trabajos; la D
dadivoso, por la fe
con que regalarte espero.
La F de fácil trato,
la G galán para mí,
la H honesto, y la I
sin pensamiento de ingrato.
Por la L liberal,
y por la M el mejor
marido que tuvo amor,
porque es el mayor caudal.
Por la N no serás
necio, que es fuerte castigo;
por la O solo conmigo
todas las horas tendrás.

Por la P me has de hacer obras
de padre; porque quererme
por la Q, será ponerme
en la obligación que cobras.
Por la R regalarme,
y por la S servirme,
por la T tenerte firme,
por la V verdad tratarme;
por la X con abiertos
brazos imitarla ansí, *(Abrázale.)*
Y como estamos aquí,
estemos después de muertos.

PERIBÁÑEZ

Yo me ofrezco, prenda mía,
a saber este abecé.
¿Quieres más?

CASILDA

Mi bien, no sé
si me atreva el primer día
a pedirte un gran favor.

PERIBÁÑEZ

Mi amor se agravia de ti.

CASILDA

¿Cierto?

PERIBÁÑEZ

Sí.

CASILDA

Pues oye.

PERIBÁÑEZ

Di
cuanto es obligar mi amor.

CASILDA

El día de la Asunción
se acerca; tengo deseo
de ir a Toledo, y creo
que no es gusto, es devoción
de ver la imagen también
del Sagrario, que aquel día
sale en procesión.

PERIBÁÑEZ

La mía
es tu voluntad, mi bien.
Tratemos de la partida.

CASILDA

Ya por la G me pareces
galán: tus manos mil veces
beso.

PERIBÁÑEZ

A tus primas convida,
y vaya un famoso carro.

CASILDA

¿Tanto me quieres honrar?

PERIBÁÑEZ

Allá te pienso comprar...

CASILDA

Dilo.

PERIBÁÑEZ

Un vestido bizarro. *(Vanse.)*

Sala en casa del Comendador

ESCENA X

EL COMENDADOR, LEONARDO

COMENDADOR

Llámame, Leonardo, presto
a Luján.

LEONARDO

Ya le avisé;
pero estaba descompuesto.

COMENDADOR

Vuelve a llamarle.

LEONARDO

Yo iré.

COMENDADOR

Parte.

LEONARDO *(Aparte.)*

¿En qué ha de parar esto?
Cuando se siente mejor,
tiene más melancolía,
y se queja sin dolor;
suspiros al aire envía:
mátenme si no es amor. *(Vase.)*

ESCENA XI

EL COMENDADOR

Hermosa labradora,
más bella, más lucida,
que ya del sol vestida
la colorada aurora;
sierra de blanca nieve,
que los rayos de amor vencer se atreve;
parece que cogiste
con esas blancas manos
en los campos lozanos,
que el mayo adorna y viste,
cuantas flores agora,
céfiro engendra en el regazo a Flora.
Yo vi los verdes prados

llamar tus plantas bellas,
por florecer con ellas,
de su nieve pisados,
y vi de tu labranza
nacer al corazón verde esperanza.
¡Venturoso el villano
que tal agosto ha hecho
del trigo de tu pecho,
con atrevida mano,
y que con blanca barba
verá en sus eras de tus hijos parva
Para tan gran tesoro
de fruto sazonado
el mismo sol dorado
te preste el carro de oro,
o el que forman estrellas,
pues las del norte no serán tan bellas;
por su azadón trocara
mi dorada cuchilla,
a Ocaña tu casilla,
casa en que el sol repara.
¡Dichoso tú, que tienes
en la troj de tu lecho tantos bienes!

ESCENA XII

LUJÁN. — EL COMENDADOR

LUJÁN

Perdona; que estaba el bayo
necesitado de mí.

COMENDADOR

Muerto estoy, matóme un rayo;
aun dura, Luján, en mí
la fuerza de aquel desmayo.

LUJÁN

¿Todavía persevera,
y aquella pasión te dura?

COMENDADOR

Como va el fuego a su esfera,
el alma a tanta hermosura
sube cobarde y ligera.
Si quiero, Luján, hacerme
amigo deste villano,
donde el honor menos duerme
que en el sutil cortesano,
¿qué medio puede valerme?
¿Será bien decir que trato
de no parecer ingrato
al deseo que mostró,
y hacerle algún bien?

LUJÁN

Si yo
quisiera bien, con recato,
quiero decir, advertido
de un peligro conocido,

primero que a la mujer,
solicitara tener
la gracia de su marido.
Este, aunque es hombre de bien
y honrado entre sus iguales,
se descuidará también,
si le haces obras tales
como por otros se ven.
Que hay marido que, obligado,
procede más descuidado
en la guarda de su honor;
que la obligación, señor,
descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR

¿Qué le daré por primeras
señales?

LUJÁN

Si consideras
o que un labrador adulas,
será darle un par de mulas
más que si a Ocaña le dieras.
Este es el mayor tesoro
de un labrador; — y a su esposa
unas arracadas de oro;
que con Angélica hermosa
esto escriben de Medoro.
Reinaldo fuerte en roja sangre baña
por Angélica el campo de Agramante;

Roldán, valiente, gran señor de Anglante,
cubre de cuerpos la marcial campaña;
  la furia Malgesí del cetro engaña,
sangriento corre el fiero Sacripante;
cuanto le pone la ocasión delante,
derriba al suelo Ferragut de España.
  Mas, mientras los gallardos paladines
armados tiran tajos y reveses,
presentóle Medoro unos chapines;
  y entre unos verdes olmos y cipreses
gozó de amor los regalados fines,
y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR

No pintó mal el poeta
lo que puede el interés.

LUJÁN

Ten por opinión discreta
la del dar, porque al fin es
la más breve y más secreta.
Los servicios personales
son vistos públicamente
y dan del amor señales.
El interés diligente,
que negocia por metales,
dicen que lleva los pies
todos envueltos en lana.

COMENDADOR

Pues alto, venza interés.

LUJÁN

Mares y montes allana,
y tú lo verás después.

COMENDADOR

Desde que fuiste conmigo,
Luján, al Andalucía,
y fuí en la guerra testigo
de tu honra y valentía,
huelgo de tratar contigo
todas las cosas que son
de gusto y secreto, a efeto
de saber tu condición;
que un hombre de bien discreto
es digno de estimación
en cualquier parte o lugar
que le ponga su fortuna;
y yo te pienso mudar
deste oficio.

LUJÁN

Si en alguna
cosa te puedo agradar,
mándame, y verás mi amor;
que yo no puedo, señor,
ofrecerte otras grandezas.

COMENDADOR

Sácame destas tristezas.

LUJÁN

Este es el medio mejor.

COMENDADOR

Pues vamos, y buscarás
el par de mulas más bello
que él haya visto jamás.

LUJÁN

Ponles ese yugo al cuello;
que antes de un hora verás
arar en su pecho fiero
surcos de afición, tributo
de que tu cosecha espero;
que en trigo de amor, no hay fruto,
si no se siembra dinero.

(Vanse.)

Sala en casa de Peribáñez

ESCENA XIII

CASILDA, INÉS, COSTANZA

CASILDA

No es tarde para partir.

INÉS

El tiempo es bueno, y es llano
todo el camino.

COSTANZA

En verano
suelen muchas veces ir
en diez horas, y aun en menos.
¿Qué galas llevas, Inés?

INÉS

Pobres, y el talle que ves.

COSTANZA

Yo llevo unos cuerpos llenos
de pasamanos de plata.

INÉS

Desabrochado el sayuelo,
salen bien.

CASILDA

De terciopelo
sobre encarnada escarlata
los pienso llevar, que son
galas de mujer casada.

COSTANZA

Una basquiña prestada
me daba, Inés, la de Antón.
Era palmilla gentil
de Cuenca, si allá se teje,
y oblígame a que la deje
Menga, la de Blasco Gil;
porque dice que el color
no dice bien con mi cara.

INÉS

Bien sé yo quien te prestara
una faldilla mejor.

COSTANZA

¿Quién?

INÉS

Casilda.

CASILDA

Si tú quieres,
la de grana blanca es buena,
o la verde, que está llena
de vivos.

COSTANZA

Liberal eres
y bien acondicionada;
mas, si Pedro ha de reñir,
no te la quiero pedir,
y guárdete Dios, casada.

CASILDA

No es Peribáñez, Costanza,
tan mal acondicionado.

INÉS

¿Quiérete bien tu velado?

CASILDA

¿Tan presto temes mudanza?
No hay en esta villa toda
novios de placer tan ricos;
pero aun comemos los picos
de las roscas de la boda.

INÉS

¿Dícete muchos amores?

CASILDA

No yo sé cuáles son pocos;
sé que mis sentidos locos
lo están de tantos favores.
Cuando se muestra el lucero
viene del campo mi esposo,
de su cena deseoso;
siéntele el alma primero,
y salgo a abrille la puerta,
arrojando el amohadilla;
que siempre tengo en la silla
quien mis labores concierta.
El de las mulas se arroja,

y yo me arrojo en sus brazos;
tal vez de nuestros abrazos
la bestia hambrienta se enoja,
y sintiéndola gruñir,
dice: «En dándole la cena
al ganado, cara buena,
volverá Pedro a salir.»
Mientras él paja les echa,
ir por cebada me manda;
yo la traigo, el la zaranda,
y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
y allí me vuelve a abrazar;
que no hay tan bajo lugar
que el amor no le celebre.
Salimos donde ya está
dándonos voces la olla,
porque el ajo y la cebolla,
fuera del olor que da
por toda nuestra cocina,
tocan a la cobertera
el villano de manera,
que a bailalle nos inclina.
Sácola en limpios manteles,
no en plata, aunque yo quisiera;
platos son de Talavera,
que están vertiendo claveles.
Abáhole su escudilla
de sopas con tal primor,
que no la come mejor
el señor de muesa villa;

y él lo paga, porque a fe,
que apenas bocado toma,
de que, como a su paloma,
lo que es mejor no me dé.
Bebe y deja la mitad,
bébole las fuerzas yo,
traigo olivas, y si no,
es postre la voluntad.
Acabada la comida,
puestas las manos los dos,
dámosle gracias a Dios
por la merced recebida;
y vámonos a acostar,
donde le pesa a la aurora
cuando se llega la hora
de venirnos a llamar.

INÉS

¡Dichosa tú, casadilla,
que en tan buen estado estás!
Ea, ya no falta más
sino salir de la villa.

ESCENA XIV

PERIBÁÑEZ. — DICHAS

CASILDA

¿Está el carro aderezado?

PERIBÁÑEZ

Lo mejor que puede está.

CASILDA

Luego ¿pueden subir ya?

PERIBÁÑEZ

Pena, Casilda, me ha dado
el ver que el carro de Blas
lleva alhombra y repostero.

CASILDA

Pídele a algún caballero.

INÉS

Al Comendador podrás.

PERIBÁÑEZ

El nos mostraba afición,
y pienso que nos le diera.

CASILDA

¿Qué se pierde en ir?

PERIBÁÑEZ

Espera;
que a la fe que no es razón
que vaya sin repostero.

INÉS

Pues vámonos a vestir.

CASILDA

También le puedes pedir...

PERIBÁÑEZ

¿Qué, mi Casilda?

CASILDA

Un sombrero.

PERIBÁÑEZ

Eso no.

CASILDA

¿Por qué? ¿Es exceso?

PERIBÁÑEZ

Porque plumas de señor
podrán darnos por favor,
a ti viento y a mí peso. *(Vanse.)*

Sala en casa del Comendador

ESCENA XV

EL COMENDADOR, LUJÁN

COMENDADOR

Bellas son por extremo.

LUJÁN

Yo no he visto
mejores bestias, por tu vida y mía,
en cuantas he tratado, y no son pocas.

COMENDADOR

Las arracadas faltan.

LUJÁN

Dijo el dueño
que cumplen a estas yerbas los tres años,
y costaron lo mismo que le diste,
habrá un mes, en la feria de Mansilla,
y que saben muy bien de albarda y silla.

COMENDADOR

¿De qué manera, di, Luján, podremos
darlas a Peribáñez, su marido,
que no tenga malicia en mi propósito?

LUJÁN

Llamándole a tu casa, y previniéndole
de que estás a su amor agradecido.
Pero cáusame risa en ver que hagas
tu secretario en cosas de tu gusto
un hombre de mis prendas.

COMENDADOR

No te espantes;
que sirviendo mujer de humildes prendas,

es fuerza que lo trate con las tuyas.
Si sirviera una dama, hubiera dado
parte a mi secretario o mayordomo
o a algunos gentilhombres de mi casa.
Estos hicieran joyas, y buscaran
cadenas de diamantes, brincos, perlas,
telas, rasos, damascos, terciopelos,
y otras cosas extrañas y exquisitas,
hasta en Arabia procurar la fénix;
pero la calidad de lo que quiero
me obliga a darte parte de mis cosas,
Luján; que aunque eres mi lacayo, miro
que para comprar mulas eres propio;
de suerte que yo trato el amor mío
de la manera misma que él me trata.

LUJÁN

Ya que no fué tu amor, señor, discreto,
el modo de tratarle lo parece.

ESCENA XVI

LEONARDO. — DICHOS

LEONARDO

Aquí está Peribáñez.

COMENDADOR

¿Quién, Leonardo?

LEONARDO

Peribáñez, señor.

COMENDADOR

¿Qué es lo que dices?

LEONARDO

Digo que me pregunta Peribáñez
por ti, y yo pienso bien que le conoces.
Es Peribáñez labrador de Ocaña,
cristiano viejo y rico, hombre tenido
en gran veneración de sus iguales,
y que, si se quisiese alzar agora
en esta villa, seguirán su nombre
cuantos salen al campo con su arado,
porque es, aunque villano, muy honrado.

LUJÁN *(Aparte a su amo.)*

¿De qué has perdido la color?

COMENDADOR

¡Ay cielos!
Que de sólo venir el que es esposo
de una mujer que quiero bien, me siento
descolorir, helar y temblar todo.

LUJÁN

Luego ¿no ternás ánimo de verle?

COMENDADOR

Di que entre; que del modo que a quien ama,
la calle, las ventanas y las rejas
agradables le son, y en las criadas
parece que ve el rostro de su dueño,
así pienso mirar en su marido
la hermosura por quien estoy perdido.

ESCENA XVII

PERIBÁÑEZ, *con capa.* — DICHOS

PERIBÁÑEZ

Dame tus generosos pies.

COMENDADOR

¡Oh Pedro!
Seas mil veces bien venido. Dame
otras tantas tus brazos.

PERIBÁÑEZ

¡Señor mío!
¡Tanta merced a un rústico villano
de los menores que en Ocaña tienes!
¡Tanta merced a un labrador!

COMENDADOR

No eres
indigno, Peribáñez, de mis brazos;
que, fuera de ser hombre bien nacido,
y por tu entendimiento y tus costumbres
honra de los vasallos de mi tierra,
te debo estar agradecido, y tanto
cuanto ha sido por ti tener la vida;
que pienso que sin ti fuera perdida.
¿Qué quieres desta casa?

PERIBÁÑEZ

Señor mío,
yo soy, ya lo sabrás, recién casado.
Los hombres, y de bien, cual lo profeso,
hacemos, aunque pobres, el oficio
que hicieran los galanes de palacio.
Mi mujer me ha pedido que la lleve
a la fiesta de agosto, que en Toledo
es, como sabes, de su santa iglesia
celebrada de suerte, que convoca
a todo el reino. Van también sus primas.
Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,
no franceses tapices de oro y seda,
no reposteros con doradas armas,
ni coronados de blasón y plumas
los timbres generosos; y así, vengo
a que se digne vuestra señoría
de prestarme una alhombra y repostero
para adornar el carro; y le suplico

que mi ignorancia su grandeza abone,
y como enamorado me perdone.

COMENDADOR

¿Estás contento, Peribáñez?

PERIBÁÑEZ

Tanto,
que no trocara a este sayal grosero
la encomienda mayor que el pecho cruza
de vuestra señoría, porque tengo
mujer honrada, y no de mala cara,
buena cristiana, humilde, y que me quiere,
no sé si tanto como yo la quiero,
pero con más amor que mujer tuvo.

COMENDADOR

Tenéis razón de amar a quien os ama
por ley divina y por humanas leyes;
que a vos eso os agrada como vuestro.
¡Hola! Dalde el alfombra mequineza,
con ocho reposteros de mis armas;
y pues hay ocasión para pagarle
el buen acogimiento de su casa,
adonde hallé la vida, las dos mulas
que compré para el coche de camino;
y a su esposa llevad las arracadas,
si el platero las tiene ya acabadas.

PERIBÁÑEZ

Aunque bese la tierra, señor mío,
en tu nombre mil veces, no te pago
una mínima parte de las muchas
que debo a las mercedes que me haces.
Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,
desde hoy somos esclavos de tu casa.

COMENDADOR

Ve, Leonardo, con él.

LEONARDO

Vente conmigo.

(Vanse Leonardo y Peribáñez.)

ESCENA XVIII

EL COMENDADOR, LUJÁN

COMENDADOR

Luján, ¿qué te parece?

LUJÁN

Que se viene
la ventura a tu casa.

COMENDADOR

Escucha aparte:
el alazán al punto me adereza;
que quiero ir a Toledo rebozado,
porque me lleva el alma esta villana.

LUJÁN

¿Seguirla quieres?

COMENDADOR

Sí, pues me persigue,
porque este ardor con verla se mitigue.
(Vanse.)

Entrada a la catedral de Toledo

ESCENA XIX

EL REY DON ENRIQUE III, EL CONDESTABLE. — *Acompañamiento*

CONDESTABLE

Alegre está la ciudad,
y a servirte apercebida,
con la dichosa venida
de tu sacra majestad.

Auméntales el placer
ser víspera de tal día.

REY

El deseo que tenía
me pueden agradecer.
Soy de su rara hermosura
el mayor apasionado.

CONDESTABLE

Ella en amor y en cuidado
notablemente procura
mostrar agradecimiento.

REY

Es otava maravilla,
es corona de Castilla,
es su lustre y ornamento;
es cabeza, Condestable,
de quien los miembros reciben
vida, con que alegres viven;
es a la vista admirable.
Como Roma, está sentada
sobre un monte que ha vencido
los siete por quien ha sido
tantos siglos celebrada.
Salgo de su santa iglesia
con admiración y amor.

CONDESTABLE

Este milagro, señor,
vence al antiguo de Efesia.
¿Piensas hallarte mañana
en la procesión?

REY

Iré,
para ejemplo de mi fe,
con la Imagen soberana;
que la querría obligar
a que rogase por mí
en esta jornada.

ESCENA XX

UN PAJE; *y después,* DOS REGIDORES DE TOLEDO. — DICHOS

PAJE

Aquí
tus pies vienen a besar
dos regidores, de parte
de su noble ayuntamiento.

REY

Di que lleguen.

(Avisa el paje y llegan los dos regidores.)

UN REGIDOR

Esos pies
besa, gran señor, Toledo,
y dice que, para darte
respuesta con breve acuerdo
a lo que pides, y es justo,
de la gente y el dinero,
juntó sus nobles, y todos,
de común consentimiento,
para la jornada ofrecen
mil hombres de todo el reino
y cuarenta mil ducados.

REY

Mucho a Toledo agradezco
el servicio que me hace;
pero es Toledo en efeto.
¿Sois caballeros los dos?

REGIDOR

Los dos somos caballeros.

REY

Pues hablad al Condestable
mañana, porque Toledo
vea que en vosotros pago
lo que a su nobleza debo.

ESCENA XXI

INÉS, CASILDA Y COSTANZA, *con sombreros de borlas, y vestidas de labradoras a uso de la Sagra;* PERIBÁÑEZ; *detrás,* EL COMENDADOR, *embozado.*

INÉS

Pardiez, que tengo de verle,
pues hemos venido a tiempo
que está el Rey en la ciudad.

COSTANZA

¡Oh qué gallardo mancebo!

INÉS

Este llaman don Enrique
Tercero.

CASILDA

¡Qué buen tercero!

PERIBÁÑEZ

Es hijo del rey don Juan
el Primero, y así, es nieto
del Segundo don Enrique,
el que mató al rey don Pedro,

que fué Guzmán por la madre,
y valiente caballero;
aunque más lo fué el hermano;
pero cayendo en el suelo,
volviósele la fortuna,
que los brazos desasiendo
a Enrique, le dió la daga,
que ahora se ha vuelto cetro.

INÉS

¿Quién es aquel tan erguido
que habla con él?

PERIBÁÑEZ

Cuando menos
el Condestable.

CASILDA

¿Qué, son
los reyes de carne y hueso?

COSTANZA

Pues ¿de qué pensabas tú?

CASILDA

De damasco o terciopelo.

COSTANZA

Sí, que eres boba en verdad.

COMENDADOR *(Aparte)*

Como sombra voy siguiendo
el sol de aquesta villana,
y con tanto atrevimiento,
que de la gente del Rey
el ser conocido temo.
Pero ya se va al alcázar.

INÉS

¡Hola! el Rey se va.

COSTANZA

Tan presto,
que aun no he podido saber
si es barbirrubio o taheño·

INÉS

Los reyes son a la vista,
Costanza, por el respeto,
imágenes de milagros;
porque siempre que los vemos,
de otra color nos parecen.

(Vanse el Rey, el Condestable y el acompañamiento.)

ESCENA XXII

LUJÁN, UN PINTOR. — PERIBÁÑEZ, CASILDA, INÉS, COSTANZA, EL COMENDADOR

LUJÁN

Aquí está.

PINTOR

¿Cuál dellas?

LUJÁN *(Al pintor.)*

Quedo.
Señor, aquí está el pintor.

COMENDADOR

¡Oh amigo!

PINTOR

A servirte vengo.

COMENDADOR

¿Traes el naipe y colores?

PINTOR

Sabiendo tu pensamiento,
colores y naipe traigo.

COMENDADOR

Pues, con notable secreto,
de aquellas tres labradoras
me retrata la de en medio
luego que en cualquier lugar
tomen con espacio asiento.

PINTOR

Que será dificultoso
temo; pero yo me atrevo
a que se parezca mucho.

COMENDADOR

Pues advierte lo que quiero.
Si se parece en el naipe,
deste retrato pequeño
quiero que hagas uno grande
con más espacio en un lienzo.

PINTOR

¿Quiéresle entero?

COMENDADOR

No tanto;
basta que de medio cuerpo,
mas con las mismas patenas,
sartas, camisa y sayuelo.

LUJÁN

Allí se sientan a ver
la gente.

PINTOR

Ocasión tenemos.
Yo haré el retrato.

PERIBÁÑEZ

Casilda,
tomemos aqueste asiento
para ver las luminarias.

INÉS

Dicen que al ayuntamiento
traerán bueyes esta noche.

CASILDA

Vamos: que aquí los veremos
sin peligro y sin estorbo.

COMENDADOR

Retrata, pintor, al cielo,
todo bordado de nubes,
y retrata un prado ameno
todo cubierto de flores.

PINTOR

Cierto que es bella en extremo.

LUJÁN

Tan bella, que está mi amo
todo cubierto de vello,
de convertido en salvaje.

PINTOR

La luz faltará muy presto.

COMENDADOR

No lo temas; que otro sol
tiene en sus ojos serenos,
siendo estrellas para ti,
para mí rayos de fuego.

ACTO SEGUNDO

Sala de juntas de una cofradía, en Ocaña

ESCENA PRIMERA

BLAS, GIL, ANTONIO, BENITO

BENITO

Yo soy deste parecer.

GIL

Pues sentaos y escribildo.

ANTÓN

Mal hacemos en hacer
entre tan pocos cabildo.

BENITO

Ya se llamó desde ayer.

BLAS

Mil faltas se han conocido
en esta fiesta pasada.

GIL

Puesto, señores, que ha sido
la procesión tan honrada
y el Santo tan bien servido,
debemos considerar
que parece mal faltar
en tan noble cofradía
lo que ahora se podría
fácilmente remediar.
Y cierto que, pues que toca
a todos un mal que daña
generalmente, que es poca
devoción de toda Ocaña,
y a toda España provoca,
de nuestro santo patrón,
Roque, vemos cada día
aumentar la devoción
una y otra cofradía,
una y otra procesión
en el reino de Toledo.
Pues ¿por qué tenemos miedo
a ningún gasto?

BENITO

No ha sido
sino descuido y olvido.

ESCENA II

PERIBÁÑEZ. — DICHOS

PERIBÁÑEZ

Si en algo serviros puedo,
véisme aquí, si ya no es tarde.

BLAS

Peribáñez, Dios os guarde.
gran falta nos habéis hecho.

PERIBÁÑEZ

El no seros de provecho
me tiene siempre cobarde.

BENITO

Toma asiento junto a mí.

GIL

¿Dónde has estado?

PERIBÁÑEZ

En Toledo;
que a ver con mi esposa fuí
la fiesta.

ANTÓN

¿Gran cosa?

PERIBÁÑEZ

Puedo
decir, señores, que vi
un cielo en ver en el suelo
su santa iglesia, y la imagen
que ser más bella recelo,
si no es que a pintarla bajen
los escultores del cielo;
porque, quien la verdadera
no haya visto en la alta esfera
del trono en que está sentada,
no podrá igualar en nada
lo que Toledo venera.
Hízose la procesión
con aquella majestad
que suelen, y que es razón,
añadiendo autoridad
el Rey en esta ocasión.
Pasaba al Andalucía
para proseguir la guerra.

GIL

Mucho nuestra cofradía
sin vos en mil cosas yerra.

PERIBÁÑEZ

Pensé venir otro día,
y hallarme a la procesión
de nuestro Roque divino;
pero fué vana intención,
porque mi Casilda vino
con tan devota intención,
que hasta que pasó la octava
no pude hacella venir.

GIL

¿Que allá el señor Rey estaba?

PERIBÁÑEZ

Y el maestre, oí decir,
de Alcántara y Calatrava.
¡Brava jornada aperciben!
No ha quedar moro en pie
de cuantos beben y viven
el Betis, aunque bien sé
del modo que los reciben.
Pero, esto aparte dejando,
¿de qué estábades tratando?

BENITO

De la nuestra cofradía
de San Roque, y, a fe mía,
que el ver que has llegado cuando
mayordomo están haciendo,

me ha dado, Pedro, a pensar
que vienes a serlo.

ANTÓN

En viendo
a Peribáñez entrar,
lo mismo estaba diciendo.

BLAS

¿Quién lo ha de contradecir?

GIL

Por mí digo que lo sea,
y en la fiesta por venir
se ponga cuidado, y vea
lo que es menester pedir.

PERIBÁÑEZ

Aunque por recién casado
replicar fuera razón,
puesto que me habéis honrado,
agravio mi devoción,
huyendo el rostro al cuidado.
Y por servir a San Roque,
la mayordomía aceto
para que más me provoque
a su servicio.

ANTÓN

En efeto,
haréis mejor lo que toque.

PERIBÁÑEZ

¿Qué es lo que falta de hacer?

BENITO

Yo quisiera proponer
que otro San Roque se hiciese
más grande, porque tuviese
más vista.

PERIBÁÑEZ

Buen parecer.
¿Qué dice Gil?

GIL

Que es razón;
que es viejo y chico el que tiene
la cofradía.

PERIBÁÑEZ

¿Y Antón?

ANTÓN

Que hacerle grande conviene,
y que ponga devoción.

Está todo desollado
el perro, y el panecillo
más de la mitad quitado,
y el *santo*, quiero decillo,
todo abierto por un lado,
y a los dos dedos, que son
con que da la bendición,
falta más de la mitad.

PERIBÁÑEZ

Blas ¿qué diz?

BLAS

Que a la ciudad
vayan hoy Pedro y Antón,
y hagan aderezar
el viejo a algún buen pintor,
porque no es justo gastar
ni hacerle agora mayor,
pudiéndole renovar.

PERIBÁÑEZ

Blas dice bien, pues está
tan pobre la cofradía;
mas ¿cómo se llevará?

ANTÓN

En vuesa pollina o mía
sin daño y golpes irá,
de una sábana cubierto.

PERIBÁÑEZ

Pues esto baste por hoy,
si he de ir a Toledo.

BLAS

Advierto
que este parecer que doy
no lleva engaño encubierto;
que, si se ofrece gastar,
cuando Roque se volviera
San Cristóbal, sabré dar
mi parte.

GIL

Cuando eso fuera,
¿quién se pudiera excusar?

PERIBÁÑEZ

Pues vamos, Antón; que quiero
despedirme de mi esposa.

ANTÓN

Yo con la imagen te espero.

PERIBÁÑEZ

Llamará Casilda hermosa
este mi amor lisonjero;

que, aunque desculpado quedo
con que el cabildo me ruega,
pienso que enojarla puedo,
pues en tiempo de la siega
me voy de Ocaña a Toledo.

(Vanse.)

Sala en casa del Comendador

ESCENA III

EL COMENDADOR, LEONARDO

COMENDADOR

Cuéntame el suceso todo.

LEONARDO

Si de algún provecho es
haber conquistado a Inés,
pasa, señor, deste modo.
Vino a Ocaña de Toledo
Inés con tu labradora,
como de su sol aurora,
más blanda y menos extraña.
Pasé sus calles las veces
que pude, aunque con recato,

porque en gente de aquel trato
hay maliciosos jüeces.
Al baile salió una fiesta,
ocasión de hablarla hallé;
habléla de amor, y fué
la vergüenza la respuesta.
Pero saliendo otro día
a las eras, pude hablalla,
y en el camino contalla
la fingida pena mía.
Ya entonces más libremente
mis palabras escuchó,
y pagarme prometió
mi afición honestamente;
porque yo le di a entender
que ser mi esposa podría,
aunque ella mucho temía
lo que era razón temer.
Pero aseguréla yo
que tú, si era su contento,
harías el casamiento,
y de otra manera no.
Con esto está de manera,
que si a Casilda ha de haber
puerta, por aquí ha de ser;
que es prima y es bachillera.

COMENDADOR

¡Ay, ¡Leonardo! Si mi suerte
al imposible inhumano

de aqueste desdén villano,
roca del mar siempre fuerte,
hallase fácil camino!

LEONARDO

¿Tan ingrata te responde?

COMENDADOR

Seguila, ya sabes dónde,
sombra de su sol divino;
y en viendo que me quitaba
el rebozo, era de suerte,
que, como de ver la muerte,
de mi rostro se espantaba.
Ya le salían colores
al rostro, ya se teñía
de blanca nieve, y hacía
su furia y desdén mayores.
Con efetos desiguales,
yo con los humildes ojos
mostraba que sus enojos
me daban golpes mortales.
En todo me parecía
que aumentaba su hermosura,
y atrevióse mi locura,
Leonardo, a llamar un día
un pintor, que retrató
en un naipe su desdén.

LEONARDO

Y ¿parecióse?

COMENDADOR

Tan bien,
que después me le pasó
a un lienzo grande, que quiero
tener donde siempre esté
a mis ojos, y me dé
más favor que el verdadero.
Pienso que estará acabado:
tú irás por él a Toledo;
pues con el vivo no puedo,
viviré con el pintado.

LEONARDO

Iré a servirte, aunque siento
que te aflijas por mujer,
que la tardas en vencer
lo que ella en saber tu intento.
Déjame hablar con Inés;
que verás lo que sucede.

COMENDADOR

Si ella lo que dices puede,
no tiene el mundo interés...

ESCENA IV

LUJÁN, *de segador.* — DICHOS

LUJÁN

¿Estás solo?

COMENDADOR

¡Oh buen Luján!
Solo está Leonardo aquí.

LUJÁN

¡Albricias, señor!

COMENDADOR

Si a ti
deseos no te las dan,
hacienda tengo en Ocaña.

LUJÁN

En forma de segador,
a Peribáñez, señor
(tanto la apariencia engaña),
pedí jornal en su trigo,
y desconocido, estoy
en su casa desde hoy.

COMENDADOR

¡Quién fuera, Luján, contigo!

LUJÁN

Mañana al salir la aurora
hemos de ir los segadores
al campo; mas tus amores
tienen gran remedio agora,
que Peribáñez es ido
a Toledo, y te ha dejado
esta noche a mi cuidado;
porque, en estando dormido
el escuadrón de la siega
alrededor del portal,
en sintiendo que al umbral
tu seña o tu planta llega,
abra la puerta, y te adiestre
por donde vayas a ver
esta invencible mujer.

COMENDADOR

¿Cómo quieres que te muestre
debido agradecimiento,
Luján, de tanto favor?

LEONARDO

Es el tesoro mayor
del alma el entendimiento.

COMENDADOR

¡Por qué camino tan llano
has dado a mi mal remedio!
Pues no estando de por medio
aquel celoso villano,
y abriéndome tú la puerta
al dormir los segadores,
queda en mis locos amores
la de mi esperanza abierta.
¡Brava ventura he tenido,
no sólo en que se partiese,
pero de que no te hubiese
por el disfraz conocido!
¿Has mirado bien la casa?

LUJÁN

Y ¡cómo si la miré!
Hasta el aposento entré
del sol que tu pecho abrasa.

COMENDADOR

¿Que has entrado a su aposento?
Que de tan divino sol
¿fuiste Faetón español?
¡Espantoso atrevimiento!
¿Qué hacía aquel ángel bello?

LUJÁN

Labor en un limpio estrado,
no de seda ni brocado,

aunque pudiera tenello,
mas de azul guadamecí,
con unos vivos dorados,
que, en vez de borlas, cortados
por las cuatro esquinas vi.
Y como en toda Castilla
dicen del agosto ya
que el frío en el rostro da,
y ha llovido en nuestra villa,
o por verse caballeros
antes del invierno frío,
sus paredes, señor mío,
sustentan tus reposteros.
Tanto, que dije entre mí,
viendo tus armas honradas:
«rendidas, que no colgadas,
pues amor lo quiere ansí.»

COMENDADOR

Antes ellas te advirtieron
de que en aquella ocasión
tomaban la posesión
de la conquista que hicieron;
porque donde están colgadas,
lejos están de rendidas.
Pero, cuando fueran vidas,
las doy por bien empleadas.
Vuelve, no te vean aquí;
que, mientras me voy a armar,
querrá la noche llegar
para dolerse de mí.

LUJÁN

¿Ha de ir Leonardo contigo?

COMENDADOR

Paréceme discreción;
porque en cualquiera ocasión
es bueno al lado un amigo.

(Vanse.)

Portal de casa de Peribáñez

ESCENA V

CASILDA, INÉS

CASILDA

Conmigo te has de quedar
esta noche, por tu vida.

INÉS

Licencia es razón que pida.
Desto no te has de agraviar;
que son padres en efeto.

CASILDA

Enviaréles un recado,
porque no estén con cuidado.
Que ya es tarde te prometo.

INÉS

Trázalo como te dé
más gusto, prima querida.

CASILDA

No me habrás hecho en tu vida
mayor placer a la fe.
Esto debes a mi amor.

INÉS

Estás, Casilda, enseñada
a dormir acompañada:
no hay duda, tendrás temor.
Y yo mal podré suplir
la falta de tu velado;
que es mozo a la fe chapado,
y para hacer y decir.
Yo, si hubiese algún rüido,
cuéntame por desmayada.
Tiemblo una espada envainada;
desnuda, pierdo el sentido.

CASILDA

No hay en casa qué temer;
que duermen en el portal
los segadores.

INÉS

Tu mal
soledad debe de ser,
y temes que estos desvelos
te quiten el sueño.

CASILDA

Aciertas;
que los desvelos son puertas
para que pasen los celos
desde el amor al temor;
y en comenzando a temer,
no hay más dormir que poner
con celos remedio a amor.

INÉS

Pues ¿qué ocasión puede darte
en Toledo?

CASILDA

Tú ¿no ves
que celos es aire, Inés,
que viene de cualquier parte?

INÉS

Que de Medina venía
oí yo siempre cantar.

CASILDA

Y Toledo ¿no es lugar
de adonde venir podría?

INÉS

Grandes hermosuras tiene.

CASILDA

Ahora bien, vente a cenar.

ESCENA VI

LLORENTE, MENDO. — DICHAS

LLORENTE

A quien ha de madrugar
dormir luego le conviene.

MENDO

Digo que muy justo es.
Los ranchos pueden hacerse.

CASILDA

Ya vienen a recogerse
los segadores, Inés.

INÉS

Pues vamos, y a Sancho avisa
el cuidado de la huerta.

(Vanse Casilda e Inés.)

ESCENA VII

BARTOLO, CHAPARRO. — LLORENTE, MENDO

LLORENTE

Muesama acude a la puerta.
Andará dándonos prisa,
por no estar aquí su dueño.

BARTOLO

Al alba he de haber segado
todo el repecho del prado.

CHAPARRO

Si diere licencia el sueño. —
Buenas noches os dé Dios,
Mendo y Llorente.

MENDO

El sosiego
no será mucho, si luego
habemos de andar los dos
con las hoces a destajo,
aquí manada, aquí corte.

CHAPARRO

Pardiez, Mendo, cuando importe,
bien luce el justo trabajo.
Sentaos, y antes de dormir,
o cantemos o contemos
algo de nuevo, y podremos
en esto nos divertir.

BARTOLO

¿Tan dormido estáis, Llorente?

LLORENTE

Pardiez, Bartol, que quisiera
que en un año amaneciera
cuatro veces solamente.

ESCENA VIII

HELIPE, LUJÁN, *de segador.* — DICHOS

HELIPE

¿Hay para todos lugar?

MENDO

¡Oh Helipe! Bien venido.

LUJÁN

Y yo, si lugar os pido,
¿podréle por dicha hallar?

CHAPARRO

No faltará para vos.
Aconchaos junto a la puerta.

BARTOLO

Cantar algo se concierta.

CHAPARRO

Y aun contar algo, por Dios.

LUJÁN

Quien supiere un lindo cuento,
póngale luego en el corro.

CHAPARRO

De mi capote me ahorro,
y para escuchar me asiento.

LUJÁN

Va primero de canción,
y luego diré una historia
que me viene a la memoria.

MENDO

Cantad.

LLORENTE

Ya comienzo el son.

(Cantan con guitarras.)

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada,
que a su esposo quiere bien;
de la doncella también,
entre paredes guardada,
que fácilmente engañada,
sigue su primero amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera,
que tantos amores muda;
trébole de la vïuda,
que otra vez casarse espera,
tocas blancas por defuera
y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

LUJÁN

Parece que se han dormido.
No tenéis ya que cantar.

LLORENTE

Yo me quiero recostar,
aunque no en trébol florido.

LUJÁN *(Aparte.)*

¿Qué me detengo? Ya están
los segadores durmiendo.

Noche, este amor te encomiendo:
prisa los silbos me dan.
La puerta le quiero abrir. *(Abre.)*

ESCENA IX

EL COMENDADOR Y LEONARDO, *embozados.* — LUJÁN; LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO Y HELIPE, *dormidos.*

LUJÁN

¿Eres tú, señor?

COMENDADOR

Yo soy.

LUJÁN

Entra presto.

COMENDADOR

Dentro estoy.

LUJÁN

Ya comienzan a dormir.
Seguro por ellos pasa;
que un carro puede pasar
sin que puedan despertar.

COMENDADOR

Luján, yo no sé la casa.
Al aposento me guía.

LUJÁN

Quédese Leonardo aquí.

LEONARDO

Que me place.

LUJÁN

Ven tras mí.

COMENDADOR

¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía!
Dame próspero suceso.

(Entranse el Comendador y Luján; Leonardo se queda detrás de una puerta.)

ESCENA X

LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO, HELIPE; LEONARDO, *oculto*

LLORENTE

¡Hola, Mendo!

MENDO

¿Qué hay, Llorente?

LLORENTE

En casa anda gente.

MENDO

¿Gente?
Que lo temí te confieso.
¿Así se guarda el decoro
a Peribáñez?

LLORENTE

No sé.
Sé que no es gente de a pie.

MENDO

¿Cómo?

LLORENTE

Trae capa con oro.

MENDO

¿Con oro? Mátenme aquí
si no es el Comendador.

LLORENTE

Demos voces.

MENDO

¿No es mejor
callar?

LLORENTE

Sospecho que sí.
Pero ¿de qué sabes que es
el Comendador?

MENDO

No hubiera
en Ocaña quien pusiera
tan atrevidos los pies,
ni aun el pensamiento, aquí.

LLORENTE

Esto es casar con mujer
hermosa.

MENDO

¿No puede ser
que ella esté sin culpa?

LLORENTE

Sí.
Ya vuelven. Hazte dormido.

ESCENA XI

EL COMENDADOR Y LUJÁN, *embozados.* — DICHOS

COMENDADOR *(En voz baja.)*

¡Ce! ¡Leonardo!

LEONARDO

¿Qué hay, señor?

COMENDADOR

Perdí la ocasión mejor
que pudiera haber tenido.

LEONARDO

¿Cómo?

COMENDADOR

Ha cerrado, y muy bien,
el aposento esta fiera.

LEONARDO

Llama.

COMENDADOR

¡Si gente no hubiera!..
Mas despertarán también.

LEONARDO

No harán, que son segadores;
y el vino y cansancio son
candados de la razón
y sentidos exteriores.
Pero escucha: que han abierto
la ventana del portal.

COMENDADOR

Todo me sucede mal.

LEONARDO

¿Si es ella?

COMENDADOR

Tenlo por cierto.

ESCENA XII

CASILDA, *con un rebozo, asomándose a una ventana que da al portal.* — DICHOS

CASILDA

¿Es hora de madrugar,
amigos?

COMENDADOR

Señora mía,
ya se va acercando el día,

y es tiempo de ir a segar.
Demás, que saliendo vos,
sale el sol, y es tarde ya.
Lástima a todos nos da
de veros sola, por Dios.
No os quiere bien vuestro esposo,
pues a Toledo se fué,
y os deja una noche. A fe
que si fuera tan dichoso
el Comendador de Ocaña
(que sé yo que os quiere bien,
aunque le mostráis desdén
y sois con él tan extraña),
que no os dejara, aunque el Rey
por sus cartas le llamara;
que dejar sola esa cara
nunca fué de amantes ley.

CASILDA

Labrador de lejas tierras,
que has venido a nuesa villa,
convidado del agosto,
¿quién te dió tanta malicia?
Ponte tu tosca antipara,
del hombro el gabán derriba,
la hoz menuda en el cuello,
los dediles en la cinta.
Madruga al salir del alba,
mira que te llama el día,
ata las manadas secas

sin maltratar las espigas.
Cuando salgan las estrellas
a tu descanso camina,
y no te metas en cosas
de que algún mal se te siga.
El Comendador de Ocaña
servirá dama de estima,
no con sayuelo de grana
ni con saya de palmilla.
Copete traerá rizado,
gorguera de holanda fina,
no cofia de pinos tosca
y toca de argentería.
En coche o silla de seda
los disantos irá a misa;
no vendrá en carro de estacas
de los campos a las viñas.
Diràle en cartas discretas
requiebros a maravilla,
no labradores desdenes,
envueltos en señorías.
Oleràle a guantes de ámbar,
a perfumes y pastillas;
no a tomillo ni cantueso,
poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
me amase como a su vida
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla

que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
en su yegua la tordilla,
la barba llena de escarcha
y de nieve la camisa,
la ballesta atravesada,
y del arzón de la silla
dos perdices o conejos,
y el podenco de traílla,
que ver al Comendador
con gorra de seda rica,
y cubiertos de diamantes
los brahones y capilla;
que más devoción me causa
la cruz de piedra en la ermita
que la roja de Santiago
en su bordada ropilla.
Vete pues, el segador,
mala fuese la tu dicha;
que si Peribáñez viene,
no verás la luz del día.

COMENDADOR

Quedo, señora... ¡Señora...!
Casilda, amores, Casilda,
yo soy el Comendador;
abridme, por vuestra vida.
Mirad que tengo que daros
dos sartas de perlas finas

y una cadena esmaltada
de más peso que la mía.

CASILDA

Segadores de mi casa,
no durmáis; que con su risa
os está llamando el alba.
Ea, relinchos y grita;
que al que a la tarde viniere
con más manadas cogidas,
le mando el sombrero grande
con que va Pedro a las viñas. *(Entrase.)*

MENDO

Llorente, muesa ama llama.

LUJÁN *(Aparte a su amo.)*

Huye, señor, huye aprisa;
que te ha de ver esta gente.

COMENDADOR *(Aparte.)*

¡Ah cruel sierpe de Libia!
Pues aunque gaste mi hacienda,
mi honor, mi sangre y vida,
he de rendir tus desdenes,
tengo de vencer tus iras.

(Vanse el Comendador, Luján y Leonardo.)

BARTOLO

Yérguete cedo, Chaparro;
que viene a gran prisa el día.

CHAPARRO

Ea, Helipe; que es muy tarde.

HELIPE

Pardiez, Bartol, que se miran
todos los montes bañados
de blanca luz por encima.

LLORENTE

Seguidme todos, amigos,
porque muesama no diga
que porque muesamo falta,
andan las hoces baldías. *(Vanse.)*

Sala en casa de un pintor en Toledo

ESCENA XIII

PERIBÁÑEZ, ANTÓN, EL PINTOR

PERIBÁÑEZ

Entre las tablas que vi
de devoción o retratos,
adonde menos ingratos
los pinceles conocí,

una he visto que me agrada,
o porque tiene primor,
o porque soy labrador
y lo es también la pintada.
Y pues ya se concertó
el aderezo del santo,
reciba yo favor tanto,
que vuelva a mirarla yo.

PINTOR

Vos tenéis mucha razón;
que es bella la labradora.

PERIBÁÑEZ

Quitalda del clavo ahora;
que quiero enseñarla a Antón.

ANTÓN

Ya la vi; mas si queréis,
también holgaré de vella.

PERIBÁÑEZ

Id, por mi vida, por ella.

PINTOR

Yo voy.

PERIBÁÑEZ

Un ángel veréis.
(Vase el pintor.)

ESCENA XIV

PERIBÁÑEZ, ANTÓN

ANTÓN

Bien sé yo por qué miráis
la villana con cuidado.

PERIBÁÑEZ

Sólo el traje me le ha dado;
que en el gusto, os engañáis.

ANTÓN

Pienso que os ha parecido
que parece a vuestra esposa.

PERIBÁÑEZ

¿Es Casilda tan hermosa?

ANTÓN

Pedro, vos sois su marido:
a vos os está más bien
alaballa, que no a mí.

ESCENA XV

EL PINTOR, *con un retrato grande de Casilda.* — DICHOS

PINTOR

La labradora está aquí.

PERIBÁÑEZ *(Aparte.)*

Y mi deshonra también.

PINTOR

¿Qué os parece?

PERIBÁÑEZ

Que es notable. —
¿No os agrada, Antón?

ANTÓN

Es cosa
a vuestros ojos hermosa,
y a los del mundo admirable.

PERIBÁÑEZ

Id, Antón, a la posada,
y ensillad mientras que voy.

ANTÓN

(*Aparte.* Puesto que inorante soy,
Casilda es la retratada,
y el pobre de Pedro está
abrasándose de celos.)
Adiós. (*Vase.*)

PERIBÁÑEZ

No han hecho los cielos
cosa, señor, como ésta.
¡Bellos ojos! ¡linda boca!
¿De dónde es esta mujer?

PINTOR

No acertarla a conocer
a imaginar me provoca
que no está bien retratada,
porque donde vos nació.

PERIBÁÑEZ

¿En Ocaña?

PINTOR

Sí.

PERIBÁÑEZ

Pues yo
conozco una desposada
a quien algo se parece.

PINTOR

Yo no sé quién es; mas sé
que a hurto la retraté,
no como agora se ofrece,
mas en un naipe. De allí
a este lienzo la he pasado.

PERIBÁÑEZ

Ya sé quién la ha retratado.
Si acierto, ¿diréislo?

PINTOR

Sí.

PERIBÁÑEZ

El Comendador de Ocaña.

PINTOR

Por saber que ella no sabe
el amor de hombre tan grave,
que es de lo mejor de España,
me atrevo a decir que es él.

PERIBÁÑEZ

Luego ¿ella no es sabidora?

PINTOR

Como vos antes de agora;
antes, por ser tan fiel,
tanto trabajo costó
el poderla retratar.

PERIBÁÑEZ

¿Queréismela a mí fiar,
y llevarésela yo?

PINTOR

No me han pagado el dinero.

PERIBÁÑEZ

Yo os daré todo el valor.

PINTOR

Temo que el Comendador
se enoje, y mañana espero
un lacayo suyo aquí.

PERIBÁÑEZ

Pues ¿sábelo ese lacayo?

PINTOR

Anda veloz como un rayo
por rendirla.

PERIBÁÑEZ

Ayer le vi,
y le quise conocer.

PINTOR

¿Mandáis otra cosa?

PERIBÁÑEZ

En tanto
que nos reparáis el santo,
tengo de venir a ver
mil veces este retrato.

PINTOR

Como fuéredes servido.
Adiós. *(Vase.)*

ESCENA XVI

PERIBÁÑEZ

¿Qué he visto y oído,
cielo airado, tiempo ingrato?
Mas si deste falso trato
no es cómplice mi mujer,
¿cómo doy a conocer
mi pensamiento ofendido?
Porque celos de marido
no se han de dar a entender.

Basta que el Comendador
a mi mujer solicita;
basta que el honor me quita,
debiéndome dar honor.
Soy vasallo, es mi señor,
vivo en su amparo y defensa;
si en quitarme el honor piensa,
quitaréle yo la vida;
que la ofensa acometida
ya tiene fuerza de ofensa.
Erré en casarme, pensando
que era una hermosa mujer
toda la vida un placer
que estaba el alma pasando;
pues no imaginé que cuando
la riqueza poderosa
me la mirara envidiosa,
la codiciara también.
¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
Don Fadrique me retrata
a mi mujer: luego ya
haciendo debujo está
contra el honor, que me mata.
Si pintada me maltrata
la honra, es cosa forzosa
que venga a estar peligrosa
la verdadera también:
¡mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
Mal lo miró mi humildad

en buscar tanta hermosura;
mas la virtud asegura
la mayor dificultad.
Retirarme a mi heredad
es dar puerta vergonzosa
a quien cuanto escucha glosa,
y trueca en mal todo el bien...
¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
Pues también salir de Ocaña
es el mismo inconveniente,
y mi hacienda no consiente
que viva por tierra extraña.
Cuanto me ayuda me daña;
pero hablaré con mi esposa,
aunque es ocasión odiosa
pedirle celos también.
¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa! *(Vase.)*

Sala en casa del Comendador

ESCENA XVII

EL COMENDADOR, LEONARDO

COMENDADOR

Por esta carta, como digo, manda
su majestad, Leonardo, que le envíe
de Ocaña y de su tierra alguna gente.

LEONARDO

Y ¿qué piensas hacer?

COMENDADOR

Que se echen bandos
y que se alisten de valientes mozos
hasta doscientos hombres, repartidos
en dos lucidas compañías, ciento
de gente labradora, y ciento hidalgos.

LEONARDO

Y ¿no será mejor hidalgos todos?

COMENDADOR

No caminas al paso de mi intento,
y así, vas lejos de mi pensamiento.
Destos cien labradores hacer quiero
cabeza y capitán a Peribáñez,
y con esta invención tenelle ausente.

LEONARDO

¡Extrañas cosas piensan los amantes!

COMENDADOR

Amor es guerra, y cuanto piensa ardides.
¿Si habrá venido ya?

LEONARDO

Luján me dijo
que a comer le esperaban, y que estaba
Casilda llena de congoja y miedo.
Supe después de Inés que no diría
cosa de lo pasado aquella noche,
y que de acuerdo de las dos, pensaba
disimular, por no causarle pena,
a que viéndola triste y afligida,
no se atreviese a declarar su pecho
lo que después para servirte haría.

COMENDADOR

¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo
el punto en que caí, pues no he podido
desde entonces, Leonardo, levantarme
de los umbrales de su puerta!

LEONARDO

Calla;
que más fuerte era Troya, y la conquista
derribó sus murallas por el suelo.
Son estas labradoras encogidas,
y por hallarse ind'gnas, las más veces
niegan, señor, lo mismo que desean.
Ausenta a su marido honradamente;
que tú verás el fin de tu deseo.

COMENDADOR

Quiéralo mi ventura; que te juro
que, habiendo sido en tantas ocasiones
tan animoso, como sabe el mundo,
en ésta voy con un temor notable.

LEONARDO

Bueno será saber si Pedro viene.

COMENDADOR

Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa,
sin que pases la calle ni levantes
los ojos a ventana o puerta suya.

LEONARDO

Exceso es ya tan gran desconfianza,
porque ninguno amó sin esperanza.

(Vase.)

ESCENA XVIII

EL COMENDADOR

Cuentan de un rey que a un árbol adoraba,
y que un mancebo a un mármol asistía,
a quien, sin dividirse noche y día,
sus amores y quejas le contaba,

pero el que un tronco y una piedra amaba
más esperanza de su bien tenía,
pues en fin acercársele podía,
y a hurto de la gente le abrazaba.
¡Mísero yo, que adoro en otro muro
colgada, aquella ingrata y verde hiedra,
cuya dureza enternecer procuro!
Tal es el fin que mi esperanza medra;
mas, pues que de morir estoy seguro,
¡plega al amor que te convierta en piedra! *(Vase.)*

Campo

ESCENA XIX

PERIBÁÑEZ, ANTÓN

PERIBÁÑEZ

Vos os podéis ir, Antón,
a vuestra casa; que es justo,

ANTÓN

Y vos ¿no fuera razón?

PERIBÁÑEZ

Ver mis segadores gusto,
pues llego a buena ocasión;
que la haza cae aquí.

ANTÓN

Y ¿no fuera mejor haza
vuestra Casilda?

PERIBÁÑEZ

Es ansí;
pero quiero darles traza
de lo que han de hacer, por mí.
Id a ver vuesa mujer,
y a la mía así de paso
decid que me quedo a ver
nuestra hacienda.

ANTÓN

(Aparte. ¡Extraño caso!
No quiero darle a entender
que entiendo su pensamiento.)
Quedad con Dios.

PERIBÁÑEZ

El os guarde.

(Vase Antón.)

ESCENA XX

PERIBÁÑEZ

Tanta es la afrenta que siento,
que sólo por entrar tarde,
hice aqueste fingimiento.
¡Triste yo! Si no es culpada

Casilda, ¿por qué rehuyo
el verla? ¡Ay mi prenda amada!
Pero a tu gracia atribuyo
mi fortuna desgraciada.
Si tan hermosa no fueras,
claro está que no le dieras
al señor Comendador
causa de tan loco amor. —
Estos son mi trigo y eras.
¡Con qué diversa alegría,
oh campos, pensé miraros
cuando contento vivía!
Porque viniendo a sembraros,
otra esperanza tenía.
Con alegre corazón
pensé de vuestras espigas
henchir mis trojes, que son
agora eternas fatigas
de mi perdida opinión.
Mas quiero disimular;
que ya sus relinchos siento.
Oírlos quiero cantar,
porque en ajeno instrumento
comienza el alma a llorar.

(Oyese dentro grita de segadores.)

ESCENA XXI

MENDO, BARTOLO, LLORENTE y OTROS SEGADORES, *dentro.* — PERIBÁÑEZ

MENDO *(Dentro.)*

Date más priesa, Bartol;
mira que la noche baja,
y se va a poner el sol.

BARTOLO *(Dentro.)*

Bien cena quien bien trabaja,
dice el refrán español.

UN SEGADOR *(Dentro.)*

Echote una pulla, Andrés:
que te bebas media azumbre.

OTRO SEGADOR *(Dentro.)*

Echame otras dos, Ginés.

PERIBÁÑEZ

Todo me da pesadumbre,
todo mi desdicha es.

MENDO *(Dentro.)*

Canta, Llorente, el cantar
de la mujer de muesamo.

PERIBÁÑEZ

¿Qué tengo más que esperar?
La vida, cielos, desamo.
¿Quién me la quiere quitar?

LLORENTE *(Canta dentro.)*

La mujer de Peribáñez
hermosa es a maravilla;
el Comendador de Ocaña
de amores la requería.
La mujer es virtüosa
cuanto hermosa y cuanto linda;
mientras Pedro está en Toledo
desta suerte respondía:
"Más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla,
que no a vos, Comendador,
con la vuesa guarnecida."

PERIBÁÑEZ

Notable aliento he cobrado
con oír esta canción,
porque lo que éste ha cantado
las mismas verdades son
que en mi ausencia habrán pasado.
¡Oh cuánto le debe al cielo
quien tiene buena mujer!—
Que el jornal dejan recelo.
Aquí me quiero esconder.
¡Ojalá se abriera el suelo!

Que aunque en gran satisfación,
Casilda, de ti me pones,
pena tengo con razón,
porque honor que anda en canciones
tiene dudosa opinión. *(Vase.)*

Sala en casa de Peribáñez

ESCENA XXII

CASILDA, INÉS

CASILDA

¿Tú me habías de decir
desatino semejante?

INÉS

Deja que pase adelante.

CASILDA

Ya ¿cómo te puedo oír?

INÉS

Prima, no me has entendido,
y este preciarte de amar
a Pedro te hace pensar
que ya está Pedro ofendido.

Lo que yo te digo a ti
es cosa que a mí me toca.

CASILDA

¿A ti?

INÉS

Sí.

CASILDA

Yo estaba loca.
Pues si a ti te toca, di.

INÉS

Leonardo, aquel caballero
del Comendador, me ama
y por su mujer me quiere.

CASILDA

Mira, prima, que te engaña.

INÉS

Yo sé, Casilda, que soy
su misma vida.

CASILDA

Repara
que son sirenas los hombres,
que para matarnos cantan.

INÉS

Yo tengo cédula suya.

CASILDA

Inés, plumas y palabras
todas se las lleva el viento.
Muchas damas tiene Ocaña
con ricos dotes, y tú
ni eres muy rica ni hidalga.

INÉS

Prima, si con el desdén
que ahora comienzas, tratas
al señor Comendador,
falsas son mis esperanzas,
todo mi remedio impides.

CASILDA

¿Ves, Inés, cómo te engañas,
pues porque me digas eso
quieres fingir que te ama?

INÉS

Hablar bien no quita honor;
que yo no digo que salgas
a recebirle a la puerta
ni a verle por la ventana.

CASILDA

Si te importara la vida,
no le mirara a la cara.
Y advierte que no le nombres
o no entres más en mi casa;
que del ver viene el oír,
y de las locas palabras
vienen las infames obras.

ESCENA XXIII

PERIBÁÑEZ, *con unas alforjas en las manos.*—DICHAS

PERIBÁÑEZ

¡Esposa!

CASILDA

¡Luz de mi alma!

PERIBÁÑEZ

¿Estás buena?

CASILDA

Estoy sin ti.
¿Vienes bueno?

PERIBÁÑEZ

El verte basta
para que salud me sobre.—
¡Prima!

INÉS

¡Primo!

PERIBÁÑEZ

¿Qué me falta,
si juntas os veo?

CASILDA

Estoy
a nuestra Inés obligada;
que me ha hecho compañía
lo que has faltado de Ocaña.

PERIBÁÑEZ

A su casamiento rompas
dos chinelas argentadas,
y yo los zapatos nuevos,
que siempre en bodas se calzan.

CASILDA

¿Qué me traes de Toledo?

PERIBÁÑEZ

Deseos; que por ser carga
tan pesada, no he podido
traerte joyas ni galas.
Con todo, te traigo aquí
para esos pies, que bien hayan,
unas chinelas abiertas,
que abrocan cintas de nácar.
Traigo más seis tocas rizas,
y para prender las sayas
dos cintas de vara y media
con sus herretes de plata.

CASILDA

Mil años te guarde el cielo.

PERIBÁÑEZ

Sucedióme una desgracia;
que a la fe que fué milagro
llegar con vida a mi casa.

CASILDA

¡Ay Jesús! Toda me turbas.

PERIBÁÑEZ

Caí de unas cuestas altas
sobre unas piedras.

CASILDA

¿Qué dices?

PERIBÁÑEZ

Que si no me encomendara
al santo en cuyo servicio
caí de la yegua baya,
a estas horas estoy muerto.

CASILDA

Toda me tienes helada.

PERIBÁÑEZ

Prometíle la mejor
prenda que hubiese en mi casa
para honor de su capilla;
y así, quiero que mañana
quiten estos reposteros,
que nos harán poca falta,
y cuelguen en las paredes
de aquella su ermita santa
en justo agradecimiento.

CASILDA

Si fueran paños de Francia,
de oro, seda, perlas, piedras,
no replicara palabra.

Pienso que nos está bien
que no estén en nuestra casa
paños cón armas ajenas:
no murmuren en Ocaña
que un villano labrador
cerca su inocente cama
de paños comendadores,
llenos de blasones y armas.
Timbre y plumas no están bien
entre el arado y la pala,
bieldo, trillo y azadón;
que en nuestras paredes blancas
no han de estar cruces de seda,
sino de espigas y pajas,
con algunas amapolas,
manzanillas y retamas.
Yo ¿qué moros he vencido
para castillos y bandas?
Fuera de que sólo quiero
que haya imágenes pintadas:
la Anunciación, la Asunción,
San Francisco con sus llagas,
San Pedro Mártir, San Blas
contra el mal de la garganta,
San Sebastián y San Roque,
y otras pinturas sagradas;
que retratos es tener
en las paredes fantasmas.—
Uno vi yo, que quisiera...

Pero no quisiera nada.
Vamos a cenar, Casilda,
y apercíbanme la cama.

CASILDA

¿No estás bueno?

PERIBÁÑEZ

Bueno estoy.

ESCENA XXIV

LUJÁN. — DICHOS

LUJÁN

Aquí un criado te aguarda
del Comendador.

PERIBÁÑEZ

¿De quién?

LUJÁN

Del Comendador de Ocaña.

PERIBÁÑEZ

Pues ¿qué me quiere a estas horas?

LUJÁN

Eso sabrás si le hablas.

PERIBÁÑEZ

¿Eres tú aquel segador?
que anteayer entró en mi casa?

LUJÁN

¿Tan presto me desconoces?

PERIBÁÑEZ

Donde tantos hombres andan,
no te espantes.

LUJÁN *(Aparte.)*

Malo es esto.

INÉS *(Aparte.)*

Con muchos sentidos habla.

PERIBÁÑEZ *(Aparte.)*

¿El Comendador a mí?
¡Ay, honra, al cuidado ingrata!
Si eres vidrio, al mejor vidrio
cualquiera golpe le basta.

ACTO TERCERO

Plaza de Ocaña

ESCENA PRIMERA

EL COMENDADOR, LEONARDO

COMENDADOR

Cuéntame, Leonardo, breve
lo que ha pasado en Toledo.

LEONARDO

Lo que referirte puedo,
puesto que a ceñirlo pruebe
en las más breves razones,
quiere más paciencia.

COMENDADOR

Advierte
que soy un sano a la muerte,
y que remedios me pones.

LEONARDO

El rey Enrique el Tercero,
que hoy el Justiciero llaman,
porque Catón y Arístides
en la equidad no le igualan,
el año de cuatrocientos
y seis sobre mil estaba
en la villa de Madrid,
donde le vinieron cartas,
que quebrándole las treguas
el rey moro de Granada,
no queriéndole volver
por promesas y amenazas
el castillo de Ayamonte,
ni menos pagarle parias,
determinó hacerle guerra;
y para que la jornada
fuese como convenía
a un rey el mayor de España,
y le ayudasen sus deudos
de Aragón y de Navarra,
juntó Cortes en Toledo,
donde al presente se hallan
prelados y caballeros,
villas y ciudades varias...
—Digo sus procuradores,
donde en su real alcázar
la disposición de todo
con justos acuerdos tratan
el obispo de Sigüenza,

que la insigne iglesia santa
rige de Toledo ahora,
porque está su silla vaca
por la muerte de don Pedro
Tenorio, varón de fama;
el obispo de Palencia,
don Sancho de Rojas, clara
imagen de sus pasados,
y que el de Toledo aguarda;
don Pablo el de Cartagena,
a quien ya a Burgos señalan;
el gallardo don Fadrique,
hoy conde de Trastamara,
aunque ya duque de Arjona
toda la corte le llama,
y don Enrique Manuel,
primos del Rey, que bastaban,
no de Granada, de Troya,
ser incendio sus espadas;
Ruy López de Avalos, grande
por la dicha y por las armas,
Condestable de Castilla,
alta gloria de su casa;
el Camarero mayor
del Rey, por sangre heredada
y virtud propria, aunque tiene
también de quien heredarla,
por Juan de Velasco digo,
digno de toda alabanza;
don Diego López de Estúñiga,
que Justicia mayor llaman;

y el mayor Adelantado
de Castilla, de quien basta
decir que es Gómez Manrique,
de cuyas historias largas
tienen Granada y Castilla
cosas tan raras y extrañas;
los oidores del Audiencia
del Rey, y que el reino amparan;
Pero Sánchez del Castillo,
Rodríguez de Salamanca,
y Perïañez...

COMENDADOR

Detente.
¿Qué Perïañez? Aguarda;
que la sangre se me hiela
con ese nombre.

LEONARDO

¡Oh qué gracia!
Háblote de los oidores
del Rey, y ¡del que se llama
Peribáñez, imaginas
que es! ¡el labrador de Ocaña!

COMENDADOR

Si hasta ahora te pedía
la relación y la causa
de la jornada del Rey,
ya no me atrevo a escucharla.

Eso ¿todo se resuelve
en que el Rey hace jornada
con lo mejor de Castilla
a las fronteras, que guardan,
con favor del Granadino,
los que le niegan las parias?

LEONARDO

Eso es todo.

COMENDADOR

Pues advierte
sólo (que me es de importancia)
que mientras fuiste a Toledo,
tuvo ejecución la traza.
Con Peribáñez hablé,
y le dije que gustaba
de nombralle capitán
de cien hombres de labranza,
y que se pusiese a punto.
Parecióle que le honraba,
como es verdad, a no ser
honra aforrada en infamia.
Quiso ganarla en efeto;
gastó su hacendilla en galas,
y sacó su compañía
ayer, Leonardo, a la plaza;
y hoy, según Luján me ha dicho,
con ella a Toledo marcha.

LEONARDO

Bueno. Y te deja a Casilda,
tan villana y tan ingrata
como siempre.

COMENDADOR

Sí; mas mira
que amor en ausencia larga
hará el efeto que suele
en piedra el curso del agua.

(Tocan cajas dentro.)

Pero ¿qué cajas son éstas?

LEONARDO

No dudes que son sus cajas.

COMENDADOR

Tu alférez trae los hidalgos.
Toma, Leonardo, tus armas,
porque mejor le engañemos,
para que a la vista salgas
también con tu compañía.

LEONARDO

Ya llegan. Aquí me aguarda. *(Vase.)*

ESCENA II

PERIBÁÑEZ, *con espada y daga, mandando una compañía de* LABRADORES, *armados graciosamente, entre ellos* BLAS y BELARDO. — EL COMENDADOR.

PERIBÁÑEZ

No me quise despedir
sin ver a su señoría.

COMENDADOR

Estimo la cortesía.

PERIBÁÑEZ

Yo os voy, señor, a servir.

COMENDADOR

Decid al Rey mi señor.

PERIBÁÑEZ

Al Rey y a vos...

COMENDADOR

Está bien.

PERIBÁÑEZ

Que al Rey es justo, y también
a vos, por quien tengo honor;
que yo ¿cuándo mereciera
ver mi azadón y gabán
con nombre de capitán,
con jineta y con bandera
del Rey, a cuyos oídos
mi nombre llegar no puede,
porque su estatura excede
todos mis cinco sentidos?
Guárdeos muchos años Dios.

COMENDADOR

Y os traiga, Pedro, con bien.

PERIBÁÑEZ

¿Vengo bien vestido?

COMENDADOR

Bien.
No hay diferencia en los dos.

PERIBÁÑEZ

Sola una cosa querría...
No sé si a vos os agrada.

COMENDADOR

Decid, a ver.

PERIBÁÑEZ

Que la espada
me ciña su señoría,
para que ansí vaya honrado.

COMENDADOR

Mostrad, haréos caballero;
que de esos bríos espero,
Pedro, un valiente soldado.

PERIBÁÑEZ

Pardiez, señor, hela aquí.
Cíñamela su mercé.

COMENDADOR

Esperad, os la pondré,
porque la llevéis por mí.

BELARDO

Híncate, Blas, de rodillas;
que le quieren her hidalgo.

BLAS

Pues ¿quedará falto en algo?

BELARDO

En mucho, si no te humillas.

BLAS

Belardo, vos, que sois viejo,
¿hanle de dar con la espada?

BELARDO

Yo de mi burra manchada,
de su albarda y aparejo
entiendo más que de armar
caballeros de Castilla.

COMENDADOR

Ya os he puesto la cuchilla.

PERIBÁÑEZ

¿Qué falta agora?

COMENDADOR

Jurar
que a Dios, supremo Señor,
y al Rey serviréis con ella.

PERIBÁÑEZ

Eso juro, y de traella
en defensa de mi honor,
del cual, pues voy a la guerra,
adonde vos me mandáis,
ya por defensa quedáis,
como señor desta tierra.

Mi casa y mujer, que dejo
por vos, recién desposado,
remito a vuestro cuidado
cuando de los dos me alejo.
Esto os fío, porque es más
que la vida, con quien voy;
que aunque tan seguro estoy
que no la ofendan jamás,
gusto que vos la guardéis,
y corra por vos, a efeto
de que, como tan discreto,
lo que es el honor sabéis;
que con él no se permite
que hacienda y vida se iguale,
y quien sabe lo que vale,
no es posible que le quite.
Vos me ceñistes espada,
con que ya entiendo de honor;
que antes yo pienso, señor,
que entendiera poco o nada.
Y pues iguales los dos
con este honor nos dejáis,
mirad cómo le guardáis,
o quejaréme de vos.

COMENDADOR

Yo os doy licencia, si hiciere
en guardalle deslealtad,
que de mí os quejéis.

PERIBÁÑEZ

Marchad,
y venga lo que viniere.

(Vanse los labradores, y Peribáñez con ellos.)

ESCENA III

EL COMENDADOR

Algo confuso me deja
el estilo con que habla,
porque parece que entabla
o la venganza o la queja.
—Pero es que, como he tenido
el pensamiento culpado,
con mi malicia he juzgado
lo que su inocencia ha sido.
Y cuando pudiera ser
malicia lo que entendí,
¿dónde ha de haber contra mí
en un villano poder?—
Esta noche has de ser mía,
villana, rebelde, ingrata,
porque muera quien me mata
antes que amanezca el día. *(Vase.)*

Calle de Ocaña con vista exterior de la casa de Peribánez

ESCENA IV

CASILDA, COSTANZA *e* INÉS, *en un balcón*

COSTANZA

En fin ¿se ausenta tu esposo?

CASILDA

Pedro a la guerra se va;
que en la que me deja acá,
pudiera ser más famoso.

INÉS

Casilda, no te enternezcas;
que el nombre de capitán
no como quieran le dan.

CASILDA

¡Nunca estos nombres merezcas!

COSTANZA

A fe que tienes razón,
Inés; que entre tus iguales

nunca he visto cargos tales,
porque muy de hidalgos son.
Demás que tengo entendido
que a Toledo solamente
ha de llegar con la gente.

CASILDA

Pues si eso no hubiera sido,
¿quedárame vida a mí?

ESCENA V

Tocan caja, y va saliendo la COMPAÑÍA DE LABRADORES, *mandada por* PERIBÁÑEZ. — DICHAS, *en el balcón.*

INÉS

La caja suena: ¿si es él?

COSTANZA

De los que se van con él
ten lástima, y no de ti.

BELARDO

Véislas allí en el balcón,
que me remozo de vellas;
mas ya no soy para ellas,
y ellas para mí no son.

PERIBÁÑEZ

¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO

El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ

Algo dél os quedará
bajo del capote pardo.

BELARDO

Pardiez, señor capitán,
tiempo hué que el sol y el aire
solía hacerme donaire,
ya pastor, ya sacristán.
Cayó un año mucha nieve,
y como la recibí,
a la Iglesia me acogí (1).

PERIBÁÑEZ

¿Tendréis tres dieces y un nueve?

BELARDO

Esos y otros tres decía
un aya que me criaba;

---

(1) Lope alude a sí mismo. Con frecuencia usa, para designarse, el nombre de Belardo.

mas pienso que se olvidaba.
¡Poca memoria tenía!
Cuando la Cava nació,
me salió la primer muela.

PERIBÁÑEZ

¿Ya íbades a la escuela?

BELARDO

Pudiera juraros yo
de lo que entonces sabía;
pero mil dan a entender
que apenas supe leer,
y es lo más cierto, a fe mía;
que como en gracia se lleva
danzar, cantar o tañer,
yo sé escribir sin leer,
que a fe que es gracia bien nueva.

CASILDA

¡Ah, gallardo capitán
de mis tristes pensamientos!

PERIBÁÑEZ

¡Ah, dama la del balcón,
por quien la bandera tengo!

CASILDA

¿Vaisos de Ocaña, señor?

PERIBÁÑEZ

Señora, voy a Toledo
a llevar estos soldados,
que dicen que son mis celos.

CASILDA

Si soldados los lleváis,
ya no ternéis pena dellos;
que nunca el honor quebró
en soldándose los celos.

PERIBÁÑEZ

No los llevo tan soldados,
que no tenga mucho miedo,
no de vos, mas de la causa
por quien sabéis que los llevo.
Que si celos fueran tales
que yo los llamara vuestros,
ni ellos fueran donde van,
ni yo, señora, con ellos.
La seguridad, que es paz
de la guerra en que me veo,
me lleva a Toledo, y fuera
del mundo al último extremo.
A despedirme de vos
vengo, y a decir que os dejo
a vos de vos misma en guarda,
porque en vos y con vos quedo;

y que me deis el favor
que a los capitanes nuevos
suelen las damas, que esperan
de su guerra los trofeos.
¿No parece que ya os hablo
a lo grave y caballero?
¡Quién dijera que un villano
que ayer al rastrojo seco
dientes menudos ponía
de la hoz corva de acero,
los pies en las tintas uvas,
rebosando el mosto negro
por encima del lagar,
o la tosca mano al hierro
del arado, hoy os hablara
en lenguaje soldadesco,
con plumas de presunción
y espada de atrevimiento!
Pues sabed que soy hidalgo,
y que decir y hacer puedo;
que el Comendador, Casilda,
me la ciñó, cuando menos.
Pero este *menos*, si el *cuando*
viene a ser cuando sospecho,
por ventura será mas;
pero yo no menos bueno.

CASILDA

Muchas cosas me decís
en lengua que yo no entiendo;

el favor sí; que yo sé
que es bien debido a los vuestros.
Mas ¿qué podrá una villana
dar a un capitán?

PERIBÁÑEZ

No quiero
que os tratéis ansí.

CASILDA

Tomad,
mi Pedro, este listón negro.

PERIBÁÑEZ

¿Negro me lo dais, esposa?

CASILDA

Pues ¿hay en la guerra agüeros?

PERIBÁÑEZ

Es favor desesperado.
Promete luto o destierro.

BLAS

Y vos, señora Costanza,
¿no dais por tantos requiebros
alguna prenda a un soldado?

COSTANZA

Bras, esa cinta de perro,
aunque tú vas donde hay tantos,
que las podrás hacer dellos.

BLAS

¡Plega a Dios que los moriscos
las hagan de mi pellejo,
si no dejare matados
cuantos me fueren huyendo!

INÉS

¿No pides favor, Belardo?

BELARDO

Inés, por soldado viejo,
ya que no por nuevo amante
de tus manos le merezco.

INÉS

Tomad aqueste chapín.

BELARDO

No, señora, deteneldo;
que favor de chapinazo
desde tan alto, no es bueno.

INÉS

Traedme un moro, Belardo.

BELARDO

Días ha que ando tras ellos.
Mas, si no viniere en prosa,
desde aquí le ofrezco en verso (1).

ESCENA VI

UNA COMPAÑÍA DE HIDALGOS, *con caja y bandera, y* LEONARDO *de capitán.* — DICHOS

LEONARDO

Vayan marchando, soldados,
con el orden que decía.

INÉS

¿Qué es esto?

COSTANZA

La compañía
de los hidalgos casados.

---

(1) Véase la nota anterior.

INÉS

Más lucidos han salido
nuestros fuertes labradores.

COSTANZA

Si son las galas mejores,
los ánimos no lo han sido.

PERIBÁÑEZ

¡Hola! Todo hombre esté en vela
y muestre gallardos bríos.

BELARDO

¡Que piensen estos judíos
que nos mean la pajuela!
Déles un gentil barzón
muesa gente por delante.

PERIBÁÑEZ

¡Hola! Nadie se adelante;
siga a ballesta lanzón.

(Va una compañía alrededor de otra, mirándose.)

BLAS

Agora es tiempo, Belardo,
de mostrar brío.

BELARDO

Callad;
que a la más caduca edad
suple un ánimo gallardo.

LEONARDO

Basta, que los labradores
compiten con los hidalgos.

BELARDO

Estos huirán como galgos.

BLAS

No habrá ciervos corredores
como éstos, en viendo un moro,
y aun basta oírlo decir.

BELARDO

Ya los vi a todos huir
cuando corrimos el toro.

(Vase la compañía de labradores, y Peribáñez con ella. Casilda y Costanza se quitan del balcón.)

ESCENA VII

LEONARDO, *con su* COMPAÑÍA; INÉS, *en el balcón*

LEONARDO

Ya se han traspuesto. — ¡Ce! ¡Inés!

INÉS

¿Eres tú, mi capitán?

LEONARDO

¿Por qué tus primas se van?

INÉS

¿No sabes ya por lo que es?
Casilda es como una roca.
Esta noche hay mal humor.

LEONARDO

¿No podrá el Comendador
verla un rato?

INÉS

Punto en boca;
que yo le daré lugar
cuando imagine que llega
Pedro a alojarse.

LEONARDO

Pues ciega,
si me quieres obligar,
los ojos desta mujer,
que tanto mira su honor;
porque está el Comendador
para morir desde ayer.

INÉS

Dile que venga a la calle.

LEONARDO

¿Qué señas?

INÉS

Quien cante bien.

LEONARDO

Pues adiós.

INÉS

¿Vendrás también?

LEONARDO

Al alférez pienso dalle
estos bravos españoles,
y yo volverme al lugar.

INÉS

Adiós.

(Entrase.)

LEONARDO

Tocad a marchar;
que ya se han puesto dos soles.

(Vanse.)

Sala en casa del Comendador

ESCENA VIII

EL COMENDADOR, LUJÁN

COMENDADOR

En fin ¿le viste partir?

LUJÁN

Y en una yegua marchar,
notable para alcanzar
y famosa para huir.
Si vieras cómo regía
Peribáñez sus soldados,
te quitara mil cuidados.

COMENDADOR

Es muy gentil compañía;
pero a la de su mujer
tengo más envidia yo.

LUJÁN

Quien no siguió no alcanzó.

COMENDADOR

Luján, mañana a comer
en la ciudad estarán.

LUJÁN

Como esta noche alojaren.

COMENDADOR

Yo te digo que no paren
soldados ni capitán.

LUJÁN

Como es gente de labor,
y es pequeña la jornada,
y va la danza engañada
con el son del atambor,
no dudo que sin parar
vayan a Granada ansí.

COMENDADOR

¡Cómo pasará por mí
el tiempo que ha de tardar
desde aquí a las diez!

LUJÁN

Ya son
casi las nueve. No seas
tan triste, que cuando veas
el cabello a la ocasión,
pierdas el gusto esperando;
que la esperanza entretiene.

COMENDADOR

Es, cuando el bien se detiene,
esperar desesperando.

LUJÁN

Y Leonardo ¿ha de venir?

COMENDADOR

¿No ves que el concierto es
que se case con Inés,
que es quien la puerta ha de abrir?

LUJÁN

¿Qué señas ha de llevar?

COMENDADOR

Unos músicos que canten.

LUJÁN

¿Cosa que la caza espanten?

COMENDADOR

Antes nos darán lugar
para que con el rüido
nadie sienta lo que pasa
de abrir ni cerrar la casa.

LUJÁN

Todo está bien prevenido;
mas dicen que en un lugar
una parentela toda
se juntó para una boda,
ya a comer y ya a bailar.
Vino el cura y desposado,
la madrina y el padrino,
y el tamboril también vino
con un salterio extremado.
Mas dicen que no tenían
de la desposada el sí,
porque decía que allí
sin su gusto la traían.

Junta, pues, la gente toda,
el cura le preguntó,
dijo tres veces que no,
y deshízose la boda.

COMENDADOR

¿Quieres decir que nos falta
entre tantas prevenciones
el sí de Casilda?

LUJÁN

Pones
el hombro a empresa muy alta
de parte de su dureza,
y era menester el sí.

COMENDADOR

No va mal trazado así;
que su villana aspereza
no se ha rendir por ruegos;
por engaños ha de ser.

LUJÁN

Bien puede bien suceder;
mas pienso que vamos ciegos.

ESCENA IX

UN PAJE, DOS MÚSICOS. — DICHOS

PAJE

Los músicos han venido.

MÚSICO 1.°

Aquí, señor, hasta el día
tiene vuesa señoría
a Lisardo y a Leonido.

COMENDADOR

¡Oh amigos! agradeced
que este pensamiento os fío;
que es de honor, y en fin, es mío.

MÚSICO 2.°

Siempre nos haces merced.

COMENDADOR

¿Dan las once?

LUJÁN

Una, dos, tres...
No dió más.

LUJÁN

Nunca a las cosas de amor
va de color el discreto.
Por el color se dan señas
de un hombre en un tribunal.

COMENDADOR

Muestra color, animal.
¿Sois criados o sois dueñas?

PAJE

Ves aquí color.

COMENDADOR

Yo voy,
Amor, donde tú me guías.
Da una noche a tantos días
como en tu servicio estoy.

LUJÁN

¿Iré yo contigo?

COMENDADOR

Sí,
pues que Leonardo no viene. —
Templad, para ver si tiene
templanza este fuego en mí.

(Vanse.)

Calle

ESCENA X

PERIBÁÑEZ

¡Bien haya el que tiene bestia
destas de huir y alcanzar,
con que puede caminar
sin pesadumbre y molestia!
Alojé mi compañía,
y con ligereza extraña
he dado la vuelta a Ocaña.
¡Oh cuán bien decir podría:
Oh caña, la del honor!
Pues que no hay tan débil caña
como el honor, a quien daña
de cualquiera viento el rigor.
Caña de honor quebradiza,
caña hueca y sin sustancia,
de hojas de poca importancia,
con que su tronco entapiza.
¡Oh caña, toda aparato,
caña fantástica y vil,
para quebrada sutil,
y verde tan breve rato!
¡Caña compuesta de ñudos,
y honor al fin dellos lleno,
sólo para sordos bueno

y para vecinos mudos!
Aquí naciste en Ocaña
conmigo al viento ligero;
yo te cortaré primero
que te quiebres, débil caña.
—No acabo de agradecerme
el haberte sustentado,
yegua, que con tal cuidado
supiste a Ocaña traerme.
¡Oh, bien haya la cebada
que tantas veces te di!
Nunca de ti me serví
en ocasión más honrada.
Agora el provecho toco,
contento y agradecido.
Otras veces me has traído;
pero fué pesando poco;
que la honra mucho alienta:
y que te agradezca es bien
que hayas corrido tan bien
con la carga de mi afrenta.
Préciese de buena espada
y de buena cota un hombre,
del amigo de buen nombre
y de opinión siempre honrada,
de un buen fieltro de camino
y de otras cosas así;
que una bestia es para mí
un socorro peregrino.
¡Oh yegua! ¡en menos de un hora
tres leguas! Al viento igualas;

que si le pintan con alas,
tú las tendrás desde agora. —
Esta es la casa de Antón,
cuyas paredes confinan
con las mías, que ya inclinan
su peso a mi perdición.
Llamar quiero; que he pensado
que será bien menester.
¡Ah de casa!

ESCENA XI

ANTÓN. — PERIBÁÑEZ

ANTÓN (*Dentro.*)

¡Hola, mujer!
¿No os parece que han llamado?

PERIBÁÑEZ

¡Ah de casa!

ANTÓN (*Dentro.*)

¿Quién golpea
a tales horas?

PERIBÁÑEZ

Yo soy,
Antón.

ANTÓN *(Dentro.)*

Por la voz ya voy,
aunque lo que fuere sea.
¿Quién es? *(Abre.)*

PERIBÁÑEZ

Quedo, Antón amigo.
Peribáñez soy.

ANTÓN

¿Quién?

PERIBÁÑEZ

Yo,
a quien hoy el cielo dió
tan grave y cruel castigo.

ANTÓN

Vestido me eché dormido,
porque pensé madrugar;
ya me agradezco el no estar
desnudo. ¿Puédoos servir?

PERIBÁÑEZ

Por vuesa casa, mi Antón,
tengo de entrar en la mía,
que ciertas cosa de día
sombras por la noche son.

Ya sospecho que en Toledo
algo entendiste de mí.

ANTÓN

Aunque callé, lo entendí.
Pero aseguraros puedo
que Casilda...

PERIBÁÑEZ

No hay que hablar.
Por ángel tengo a Casilda.

ANTÓN

Pues regaladla y servilda.

PERIBÁÑEZ

Hermano, dejadme estar.

ANTÓN

Entrad; que si puerta os doy,
es por lo que della sé.

PERIBÁÑEZ

Como yo seguro esté,
suyo para siempre soy.

ANTÓN

¿Dónde dejáis los soldados?

PERIBÁÑEZ

Mi alférez con ellos va;
que yo no he traído acá
sino sólo mis cuidados.
Y no hizo la yegua poco
en traernos a los dos,
porque hay cuidado, por Dios,
que basta a volverme loco.

(Entranse.)

Calle con vista exterior de la casa de Ibáñez

ESCENA XII

EL COMENDADOR Y LUJÁN, *con broqueles;* MÚSICOS

COMENDADOR

Aquí podéis comenzar
para que os ayude el viento

MÚSICO 2.°

Va de letra.

COMENDADOR

¡Oh cuánto siento
esto que llaman templar!

MÚSICOS *(Cantan.)*

Cogióme a tu puerta el toro,
linda casada;
no dijiste: Dios te valga.
El novillo de tu boda
a tu puerta me cogió;
de la vuelta que me dió,
se rió la villa toda;
y tú, grave y burladora,
linda casada,
no dijiste: Dios te valga.

ESCENA XIII

INÉS, *abriendo una puerta de casa de Peribáñez.* — DICHOS

(Los músicos tocan.)

INÉS

¡Ce, ce! ¡señor don Fadrique!

COMENDADOR

¿Es Inés?

INÉS

La misma soy.

COMENDADOR

En pena a las once estoy.
Tu cuenta el perdón me aplique
para que salga de pena.

INÉS

¿Viene Leonardo?

COMENDADOR

Asegura
a Peribáñez. Procura,
Inés, mi entrada, y ordena
que vea esa piedra hermosa;
que ya Leonardo vendrá.

INÉS

¿Tardará mucho?

COMENDADOR

No hará;
pero fué cosa forzosa
asegurar un marido
tan malicioso.

INÉS

Yo creo
que a estas horas el deseo
de que le vean vestido
de capitán en Toledo
le tendrá cerca de allá.

COMENDADOR

Durmiendo acaso estará.
¿Puedo entrar? Dime si puedo.

INÉS

Entra; que te detenía
por si Leonardo llegaba.

LUJÁN

Luján ¿ha de entrar?

COMENDADOR *(A uno de los músicos.)*

Acaba,
Lisardo. Adiós hasta el día.

MÚSICO 1.°

El cielo os dé buen suceso.

(Entranse el Comendador, Inés y Luján.)

MÚSICO 2.°

¿Dónde iremos?

MÚSICO 1.°

A acostar.

MÚSICO 2.°

¡Bella moza!

MÚSICO 1.°

Eso... callar.

MÚSICO 2.°

Que tengo envidia confieso.

(Vanse.)

Sala en casa de Peribáñez

ESCENA XIV

PERIBÁÑEZ

Por las tapias de la huerta
de Antón en mi casa entré,
y deste portal hallé
la de mi corral abierta.
En el gallinero quise
estar oculto; mas hallo
que puede ser que algún gallo
mi cuidado les avise.
Con la luz de las esquinas
le quise ver y advertir,
y vile en medio dormir
de veinte o treinta gallinas.

Que duermas, dije, me espantas,
en tan dudosa fortuna;
no puedo yo guardar una,
y ¡quieres tú guadar tantas!
No duermo yo; que sospecho,
y me da mortal congoja
un gallo de cresta roja,
porque la tiene en el pecho.
Salí al fin, y cual ladrón
de casa hasta aquí me entré;
con las palomas topé,
que de amor ejemplo son;
y como las vi arrullar,
y con requiebros tan ricos
a los pechos por los picos
las almas comunicar,
dije: «¡Oh, maldígale Dios,
aunque grave y altanero,
al palomino extranjero
que os alborota a los dos!
Los gansos han despertado,
gruñe el lechón, y los bueyes
braman; que de honor las leyes
hasta el jumentillo atado
al pesebre con la soga
desasosiegan por mí;
que su dueño soy, y aquí
ven que ya el cordel me ahoga.
Gana me da de llorar.
Lástima tengo de verme
en tanto mal... —Mas ¿si duerme

Casilda? — Aquí siento hablar.
En esta saca de harina
me podré encubrir mejor,
que si es el Comendador,
lejos de aquí me imagina. *(Escóndese.)*

ESCENA XV

CASILDA, INÉS. — PERIBÁÑEZ, *oculto*

CASILDA

Gente digo que he sentido.

INÉS

Digo que te has engañado.

CASILDA

Tú con un hombre has hablado.

INÉS

¿Yo?

CASILDA

Tú pues.

INÉS

Tú ¿lo has oído?

CASILDA

Pues si no hay malicia aquí,
mira que serán ladrones.

INÉS

¡Ladrones! Miedo me pones.

CASILDA

Da voces.

INÉS

Yo no.

CASILDA

Yo sí.

INÉS

Mira que es alborotar
la vecindad sin razón.

ESCENA XVI

EL COMENDADOR, LUJÁN. — DICHOS

COMENDADOR

Ya no puede mi afición
sufrir, temer ni callar.
Yo soy el Comendador,
yo soy tu señor.

CASILDA

No tengo
más señor que a Pedro.

COMENDADOR

Vengo
esclavo, aunque soy señor.
Duélete de mí, o diré
que te hallé con el lacayo
que miras.

CASILDA

Temiendo el rayo,
del trueno no me espanté.
Pues, prima, ¡tú me has vendido!

INÉS

Anda; que es locura ahora,
siendo pobre labradora,
y un villano tu marido,
dejar morir de dolor
a un príncipe; que más va
en su vida, ya que está
en casa, que no en tu honor.
Peribáñez fué a Toledo.

CASILDA

¡Oh prima cruel y fiera,
vuelta de prima, tercera!

COMENDADOR

Dejadme, a ver lo que puedo.

LUJÁN

Dejémoslos; que esmejor.
A solas se entenderán.

(Vanse Inés y Luján.)

ESCENA XVII

EL COMENDADOR, CASILDA; PERIBÁÑEZ, *escondido*

CASILDA

Mujer soy de un capitán,
si vos sois comendador.
Y no os acerquéis a mí,
porque a bocados y a coces
os haré...

COMENDADOR

Paso y sin voces.

PERIBÁÑEZ *(Sale de donde estaba.)*

(Aparte. ¡Ay honra! ¿qué aguardo aquí?
Mas soy pobre labrador:

bien será llegar y hablalle...
pero mejor es matalle.)

(Adelantándose con la espada desenvainada.)

Perdonad, Comendador;
que la honra es encomienda
de mayor autoridad.

(Hiere al Comendador.)

COMENDADOR

Jesús! Muerto soy. ¡Piedad!

PERIBÁÑEZ

No temas, querida prenda;
mas sígueme por aquí.

CASILDA

No te hablo, de turbada.

(Vanse Peribáñez y Casilda.)

COMENDADOR

Señor, tu sangre sagrada
Se duela agora de mí,
Pues me ha dejado la herida
Pedir perdón a un vasallo.

(Siéntase en una silla.)

ESCENA XVIII

LEONARDO. — EL COMENDADOR

LEONARDO

Todo en confusión lo hallo.
¡Ah, Inés! ¿Estás escondida?
¡Inés!

COMENDADOR

Voces oigo aquí.
¿Quién llama?

LEONARDO

Yo soy, Inés.

COMENDADOR

¡Ay Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO

¿Mi señor?

COMENDADOR

Leonardo, sí.

LUJÁN

Desventurado Luján,
¿dónde podrás esconderte?

(Entranse por otra puerta, y sale Peribáñez tras ellos.)

PERIBÁÑEZ

Ya no se excusa tu muerte. *(Entrase.)*

LUJÁN *(Dentro.)*

¿Por qué, señor capitán?

PERIBÁÑEZ *(Dentro.)*

Por fingido segador.

INÉS *(Dentro.)*

Y a mí ¿por qué?

PERIBÁÑEZ *(Dentro.)*

Por traidora.

LUJÁN *(Dentro.)*

¡Muerto soy!

INÉS *(Dentro.)*

¡Prima y señora!

ESCENA XX

CASILDA; *después,* PERIBÁÑEZ

CASILDA

No hay sangre donde hay honor.

(Vuelve Peribáñez.)

PERIBÁÑEZ

Cayeron en el portal.

CASILDA

Muy justo ha sido el castigo.

PERIBÁÑEZ

¿No irás, Casilda, conmigo?

CASILDA

Tuya soy al bien o al mal.

PERIBÁÑEZ

A las ancas desa yegua
amanecerás conmigo
en Toledo.

CASILDA

Y a pie, digo.

PERIBÁÑEZ

Tierra en medio es buena tregua
en todo acontecimiento,
y no aguardar al rigor.

CASILDA

Dios haya al Comendador.
Matóle su atrevimiento.

(Vanse.)

Galería del alcázar de Toledo

ESCENA XXI

EL REY, EL CONDESTABLE. — GUARDAS

REY

Alégrame de ver con qué alegría
Castilla toda a la jornada viene.

CONDESTABLE

Aborrecen, señor, la monarquía
Que en nuestra España el africano tiene.

REY

Libre pienso dejar la Andalucía,
si el ejército nuestro se previene,
antes que el duro invierno con su hielo
cubra los campos y enternezca el suelo.
Iréis, Juan de Velasco, previniendo,
pues que la Vega da lugar bastante,
el alarde famoso que pretendo,
porque la fama del concurso espante
por ese Tajo aurífero, y subiendo
al muro por escalas de diamante,
mire de pabellones y de tiendas
otro Toledo por las verdes sendas.
Tiemble en Granada el atrevido moro
de las rojas banderas y pendones.
Convierta su alegría en triste lloro.

CONDESTABLE

Hoy me verás formar los escuadrones.

REY

La Reina viene, su presencia adoro.
No ayuda mal en estas ocasiones.

ESCENA XXII

LA REINA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS

REINA

Si es de importancia, volveréme luego.

REY

Cuando lo sea, que no os vais os ruego.
¿Qué puedo yo tratar de paz, señora,
en que vos no podáis darme consejo?
Y si es de guerra lo que trato agora,
¿cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo?
¿Cómo queda don Juan?

REINA

Por veros llora.

REY

Guárdele Dios; que es un divino espejo
donde se ven agora retratados,
mejor que los presentes, los pasados.

REINA

El príncipe don Juan es hijo vuestro.
Con esto sólo encarecido queda.

REY

Mas con decir que es vuestro, siendo nuestro,
él mismo dice la virtud que encierra.

REINA

Hágale el cielo en imitaros diestro;
que con esto no más que le conceda,
le ha dado todo el bien que le deseo.

REY

De vuestro generoso amor lo creo.

REINA

Como tiene dos años, le quisiera
de edad que esta jornada acompañara
vuestras banderas.

REY

¡Ojalá pudiera,
y a ensalzar la de Cristo comenzara!

ESCENA XXIII

GÓMEZ MANRIQUE. — DICHOS

REY

¿Qué caja es esa?

GÓMEZ

Gente de la Vera
y Extremadura.

CONDESTABLE

De Guadalajara
y Atienza pasa gente.

REY

¿Y la de Ocaña?

GÓMEZ

Quédase atrás por una triste hazaña.

REY

¿Cómo?

GÓMEZ

Dice la gente que ha llegado
que a don Fadrique un labrador ha muerto.

REY

¡A don Fadrique y al mejor soldado
que trujo roja cruz!

REINA

¿Cierto?

GÓMEZ

Y muy cierto.

REY

En el alma, señora, me ha pesado.—
¿Cómo fué tan notable desconcierto?

GÓMEZ

Por celos.

REY

¿Fueron justos?

GÓMEZ

Fueron locos.

REINA

Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.

REY

¿Está preso el villano?

GÓMEZ

Huyóse luego
con su mujer.

REY

¡Qué desvergüenza extraña!
¡Con estas nuevas a Toledo llego!
¿Así de mi justicia tiembla España?
Dad un pregón en la ciudad, os ruego,

Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña,
que a quien los diere presos o sea muertos,
tendrá de renta mil escudos ciertos.
Id luego, y que ninguno los encubra
ni pueda dar sustento ni otra cosa,
so pena de la vida.

GÓMEZ

Voy. *(Vase.)*

REY

¡Que cubra
el cielo aquella mano rigurosa!

REINA

Confiad que tan presto se descubra
cuanto llegue la fama codiciosa
del oro prometido.

ESCENA XXIV

UN PAJE, *y luego* UN SECRETARIO. — EL REY, LA REINA, EL CONDESTABLE, GUARDAS *y* ACOMPAÑAMIENTO.

PAJE

Aquí está Arceo,
acabado el guión.

REY

Verle deseo.

SECRETARIO

Este es, señor, el guión.

(Sale un secretario con un pendón rojo, y en él las armas de Castilla, con una mano arriba que tiene una espada, y en la otra banda un Cristo crucificado.

REY

Mostrad. Paréceme bien;
que este capitán también
lo fué de mi redención.

REINA

¿Qué dicen las letras?

REY

Dicen:
«Juzga tu causa, Señor.»

REINA

Palabras son de temor.

REY

Y es razón que atemoricen.

REINA

Destotra parte ¿qué está?

REY

El castillo y el león,
y esta mano por blasón,
que va castigando ya.

REINA

¿La letra?

REY

Sólo mi nombre.

REINA

¿Cómo?

REY

«Enrique Justiciero»;
que ya en lugar del Tercero
quiero que este nombre asombre.

ESCENA XXV

GÓMEZ. — DICHOS

GÓMEZ

Ya se van dando pregones,
con llanto de la ciudad.

REINA

Las piedras mueve a piedad.

REY

Basta. ¡Qué! Los azadones
¿a las cruces de Santiago
se igualan? ¿Cómo o por dónde?

REINA

¡Triste dél si no se esconde!

REY

Voto y juramento hago
de hacer en él un castigo
que ponga al mundo temor.

ESCENA XXVI

UN PAJE. — DICHOS

PAJE *(Al Rey.)*

Aquí dice un labrador
que le importa hablar contigo.

REY

Señora, tomemos sillas.

CONDESTABLE

Este algún aviso es.
(Va el paje a avisar.)

ESCENA XXVII

PERIBÁÑEZ, *de labrador y con capa larga;* CASILDA. DICHOS.

PERIBÁÑEZ

Dame, gran señor, tus pies.

REY

Habla, y no estés de rodillas.

PERIBÁÑEZ

¿Cómo, señor, puedo hablar,
si me ha faltado la habla
y turbado los sentidos
después que miré tu cara?
Pero siéndome forzoso,
con la justa confianza
que tengo de tu justicia,
comienzo tales palabras.
Yo soy Peribáñez.

REY

¿Quién?

PERIBÁÑEZ

Peribáñez el de Ocaña.

REY

Matalde, guardas, matalde.

REINA

No en mis ojos. — Teneos, guardas.

REY

Tened respeto a la Reina.

PERIBÁÑEZ

Pues ya que matarme mandas,
¿no me oirás siquiera, Enrique,
pues Justiciero te llaman?

REINA

Bien dice: oilde, señor.

REY

Bien decís; no me acordaba
que las partes se han de oír,
y más cuando son tan flacas. —
Prosigue.

PERIBÁÑEZ

Yo soy un hombre,
aunque de villana casta,

limpio de sangre, y jamás
de hebrea o mora manchada.
Fuí el mejor de mis iguales,
y en cuantas cosas trataban
me dieron primero voto,
y truje seis años vara.
Caséme con la que ves,
también limpia, aunque villana;
virtüosa, si la ha visto
la envidia asida a la fama.
El comendador Fadrique,
de vuesa villa de Ocaña
señor y comendador,
dió, como mozo, en amarla.
Fingiendo que por servicios,
honró mis humildes casas
de unos reposteros, que eran
cubiertas de tales cargas.
Dióme un par de mulas buenas...
mas no tan buenas; que sacan
este carro de mi honra
de los lodos de mi infamia.
Con esto intentó una noche,
que ausente de Ocaña estaba,
forzar mi mujer; mas fuése
con la esperanza burlada.
Vine yo, súpelo todo,
y de las paredes bajas
quité las armas, que al toro
pudieran servir de capa.
Advertí mejor su intento;

mas llamóme una mañana,
y díjome que tenía
de vuestras altezas cartas
para que con gente alguna
le sirviese esta jornada;
en fin, de cien labradores
me dió la valiente escuadra.
Con nombre de capitán
salí con ellos de Ocaña;
y como vi que de noche
era mi deshonra clara,
en una yegua a las diez
de vuelta en mi casa estaba;
que oí decir a un hidalgo
que era bienaventuranza
tener en las ocasiones
dos yeguas buenas en casa.
Hallé mis puertas rompidas
y mi mujer destocada,
como corderilla simple
que está del lobo en las garras.
Dió voces, llegué, saqué
la misma daga y espada
que ceñí para servirte,
no para tan triste hazaña;
paséle el pecho, y entonces
dejó la cordera blanca,
porque yo, como pastor,
supe del lobo quitarla.
Vine a Toledo, y hallé
que por mi cabeza daban

mil escudos; y así, quise
que mi Casilda me traiga.
Hazle esta merced, señor;
que es quien agora la gana,
porque vïuda de mí,
no pierda prenda tan alta.

REY

¿Qué os parece?

REINA

Que he llorado;
que es la respuesta que basta
para ver que no es delito,
sino valor.

REY

¡Cosa extraña!
¡Que un labrador tan humilde
estime tanto su fama!
¡Vive Dios, que no es razón
matarle! Yo le hago gracia
de la vida... Mas ¿qué digo?
Esto justicia se llama.
Y a un hombre deste valor
le quiero en esta jornada
por capitán de la gente
misma que sacó de Ocaña.
Den a su mujer la renta,
y cúmplase mi palabra,

y después desta ocasión,
para la defensa y guarda
de su persona, le doy
licencia de traer armas
defensivas y ofensivas.

PERIBÁÑEZ

Con razón todos te llaman
don Enrique el Justiciero.

REINA

A vos, labradora honrada,
os mando de mis vestidos
cuatro, porque andéis con galas
siendo mujer de soldado.

PERIBÁÑEZ

Senado, con esto acaba
la tragicomedia insigne
del *Comendador de Ocaña.*

INDICE


ESPASA
S A
C
CALPE